BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del

ESPACIO

UNIVERSO SIN FRONTERAS

Glenn Parrish

CIENCIA FICCION





UNIVERSO SIN FRONTERAS

Glenn Parrish

CIENCIA FICCION


LA CONQUISTA
DEL ESPACIO

GLENN PARRISH

UNIVERSO SIN FRONTERAS

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 413

Publicación semanal.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito Legal B. 13.923 – 1978

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: julio, 1978

© **Glenn Parrish** - 1978

texto

© **Enrique Martín** - 1978

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor

de**EDITORIAL BRUGUERA. S. A.**

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajesy entidades privadasqueaparecenenesta novela,asícomolas situacionesdela misma,sonfruto exclusivamente de la imaginacióndelautor, por lo que cualquier semejanzaconpersonajes,entidadeso hechos pasados oactuales, serásimplecoincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Parets del Vallés (N-152 Km 21.650)2 — Barcelona —

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS ENESTACOLECCIÓN

408 — *El poder invisible,* Keith Luger.

409 — *Viaje al fondo de la galaxia,* Glenn Parrish.

410 — *Laúltimacriatura,* KelltomMclntire.

411 — *Enigma cósmico,* Clark Carrados.

412 — *¡A la cama, terrícola!,* Ralph Barby.

CAPITULO PRIMERO

La encontró en el espacio, perdida en un asteroide perdido. Lucas, su compañero no humano, pero inteligente, fue el que captó la llamada de socorro:

—¡Eh, Penrod, me parece que tenemos un caso de salvamento!

Penrod Squibbs, capitán y propietario de la corbeta espacial *Joven Martha,* se hallaba en aquellos momentos muy ocupado en una singular tarea, con la que mataba el aburrimiento del viaje. Dejando a un lado la única herramienta que necesitaba, se levantó, abandonó la cámara y fue hacia la de mando, en donde estudió unos instantes la pantalla, en la que aparecían los círculos rojos que, efectivamente, indicaban una señal de llamada de socorro.

En la pantalla, y en su centro, aparecía primero un puntito rojo que, al agrandarse, se convertía en un círculo, cuyo tamaño aumentaba gradualmente, hasta desaparecer en los bordes. Antes de que la imagen se disipara por completo, otro puntito rojo se hacía visible y así sucesivamente, de la misma forma que aparecen círculos concéntricos en la quieta superficie de una charca, cuando se arroja una piedrecita.

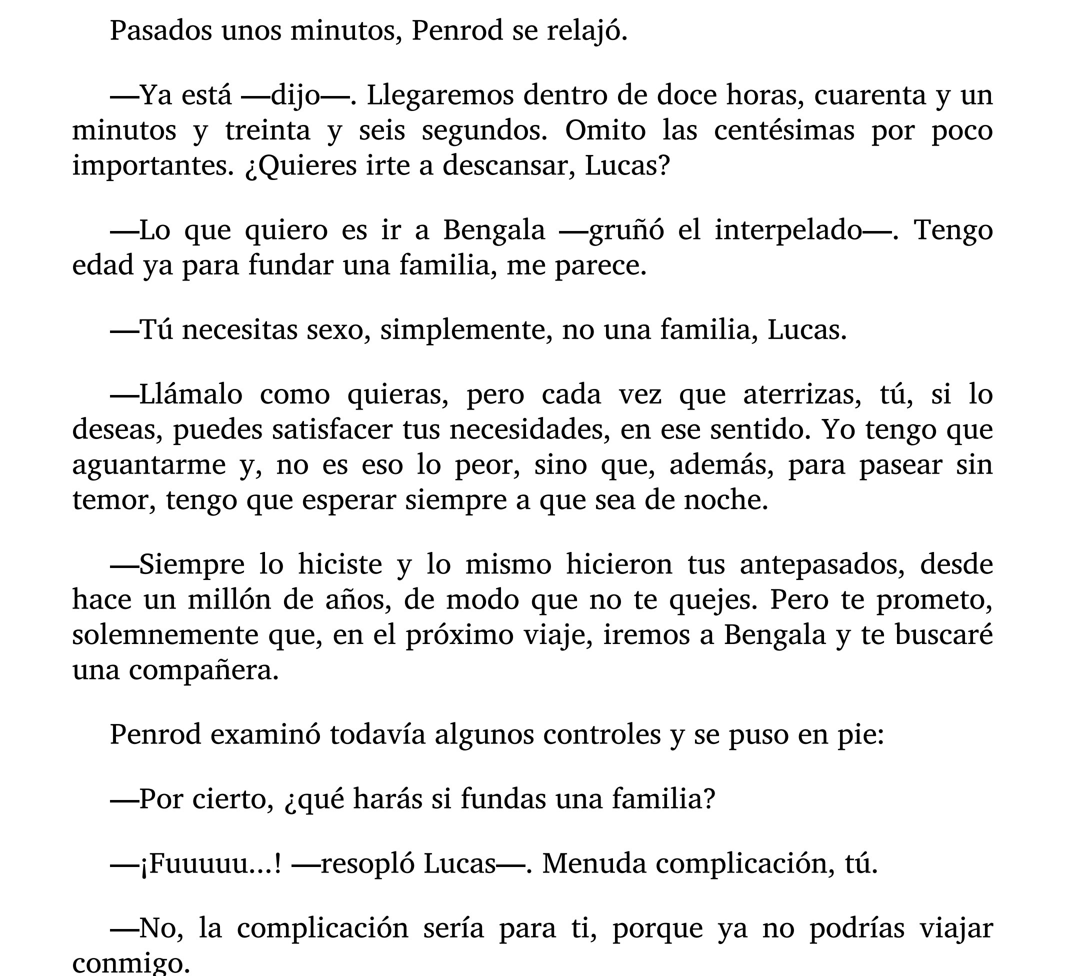
—Sí, es una llamada de socorro —convino, después de unos segundos de observación—. Vamos a localizar su procedencia.

Las manos de Penrod se movieron por el teclado de la computadora. A los pocos minutos, tuvo la respuesta en otra pantalla, en la que se indicaba claramente la posición del náufrago.

—Muy bien, Lucas, arría las velas —ordenó—. A partir de ahora, navegaremos con propulsión convencional.

—Sí, señor.

La extremidad delantera de Lucas se apoyó en un botón situado estratégicamente en el cuadro de mandos. Había algunos controles que él podía manejar, ya que Penrod los había hecho adaptar a su conformación anatómica, a fin de que le ayudase en momentos críticos o, simplemente, cuando era preciso hacer algo no demasiado importante y el terrestre no tenía ganas de levantarse de la cama. Ahora, Penrod se había sentado en el asiento del piloto y, de acuerdo con los datos recibidos, se disponía a establecer el nuevo rumbo.



Pasados unos minutos, Penrod se relajó.

—Ya está —dijo—. Llegaremos dentro de doce horas, cuarenta y un minutos y treinta y seis segundos. Omito las centésimas por poco importantes. ¿Quieres irte a descansar, Lucas?

—Lo que quiero es ir a Bengala —gruñó el interpelado—. Tengo edad ya para fundar una familia, me parece.

—Tú necesitas sexo, simplemente, no una familia, Lucas.

—Llámalo como quieras, pero cada vez que aterrizas, tú, si lo deseas, puedes satisfacer tus necesidades, en ese sentido. Yo tengo que aguantarme y, no es eso lo peor, sino que, además, para pasear sin temor, tengo que esperar siempre a que sea de noche.

—Siempre lo hiciste y lo mismo hicieron tus antepasados, desde hace un millón de años, de modo que no te quejes. Pero te prometo, solemnemente que, en el próximo viaje, iremos a Bengala y te buscaré una compañera.

Penrod examinó todavía algunos controles y se puso en pie:

—Por cierto, ¿qué harás si fundas una familia?

—¡Fuuuuu...! —resopló Lucas—. Menuda complicación, tú.

—No, la complicación sería para ti, porque ya no podrías viajar conmigo.

—Diablos, no había pensado en eso —rezongó Lucas.

—Pues empieza a pensar, porque en tu caso, inevitablemente, siempre,despuésdelsexo, viene lo otro.

Lucas se atusó los bigotes con la extremidad delantera derecha, que humedecía de cuando en cuando con rápidos lengüetazos.

—Es una maldita complicación, tú. Nuestras hembras suelen ser muy celosas —dijo.

—¿Qué hembra no lo es? —rió Penrod—. Bueno, la nave está en piloto automático, hasta la hora de llegada, menos treinta minutos justamente. A juzgar por los detectores geonómicos, se trata de un asteroide no muy grande, aunque con atmósfera, de modo que bastará con que empuñe los mandos en el momento citado. ¿Quieres comer algo, Lucas?

—No, gracias; ahora no tengo apetito. —Lucas se tendió en el suelo —. Si quieres dormir, puedes hacerlo; yo vigilaré.

—Está bien, gracias.

Penrod volvió a su anterior trabajo, en el que estuvo ocupado cerca de una hora. Luego se preparó un ligero condumio, que despachó con Ja ayuda de un cuarto de botella de buen vino terrestre y una taza de café. Como estaba solo, eructó satisfecho. Luego fue a su camarote y se tumbó en la litera.

Durmió ocho horas de un tirón. Cuando llegó a la cocina, vio en el suelo leves señales de la comida de Lucas. Gruñó disgustado, porque tenía que emplear la fregona, pero a Lucas, claro, no se le podían pedir ciertas cosas. Menos mal que Lucas usaba siempre su W. C. particular y siempre tiraba de la cadena, adaptada especialmente para él. En este aspecto al menos no se podía negar que era muy limpio.

Cuando llegó a la cámara de mandos, vio a Lucas ante una pantalla, en la que aparecían imágenes de campos verdes y una nutrida bandada de gacelas en movimiento. Merced a la adaptación de ciertos mandos, Lucas podía poner algunas casetes, tanto de música como de video. Ahora había puesto una en la que se reflejaba una escena típica de la vida terrestre. Lucas estaba tan abstraído, que no le oyó llegar.

—Te gustaría comerte una, ¿eh? —dijo Penrod.

—Uuuuuhhhh… —gruñó Lucas, paseándose la lengua por el hocico bigotudo.

—Probablemente ya no le encontrarías sabor a una carne todavía palpitante, la sangre humeante, las vísceras con el calor de la vida… Estás demasiado civilizado, Lucas —dijo Penrod filosóficamente, mientras se desplomaba sobre el sillón del piloto.

—Es posible, pero me gustaría probarlo. Y no me digas eso de civilizado; también entre vosotros existe la inseminación artificial, pero a la inmensa mayoría de vuestras hembras, les gusta tener un hijo como Dios manda. ¿Se dice así, Penrod?

—Así se dice, Lucas.

—De todas formas, fui afortunado al encontrarme contigo. Antes tenía un amo de tu raza; ahora tengo un amigo de la misma raza. Y no digo hermano, poíno ofenderte…

—Puedes decirlo tranquilamente —rió Penrod—. A fin de cuentas, todos los seres inteligentes somos hermanos.

—Menos los que son hijos… de quien tú sabes.

A Lucas, ordinariamente, no le gustaba pronunciar palabrotas. Penrod volvió a reír.

—Bueno, ya es hora de tomar los mandos —exclamó—. La discusión sobre el temaqueda aplazada.

* * *

Ella estaba tendida en el suelo, a la sombra de su nave casi destrozada. Tenía la cara un tanto sofocada, debido al enorme calor que reinaba en aquel desoladoasteroide y su pierna derecha estaba rígida y bastante hinchada.

Con sólo pantalones cortos como toda vestimenta, más un sombrero de paja y una gran cantimplora termo, Penrod se arrodilló junto a la bella desconocida y tocó suavemente su hombro derecho. Ella despertó, lanzó un gemido de dolor y luego puso cara de sorpresa.

—Estoy soñando —dijo.

—Nada de sueños, soy de carne y hueso. Capitán Penrod Squibbs, propietario, además, de la *Joven Marina.* He captado sus llamadas de socorro y aquí estoy.

La joven exhaló un suspiro de alivio.

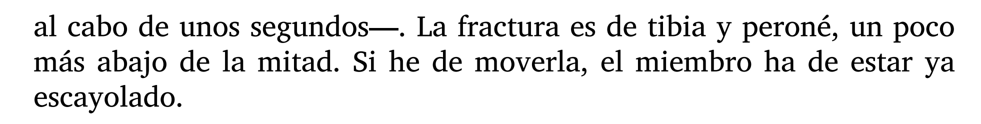
—Soy Natalia Kowalski —dijo—. Gracias, capitán Squibbs.

—Tengo agua. Será mejor que tome unos sorbos; noto síntomas de deshidratación. Parece que lleva aquí bastantes días, ¿no?

—Casi una semana y no puedo moverme. Tengo rota la pierna derecha, capitán.

Penrod torció el gesto. Entregó la cantimplora a la joven y luego, con dedos hábiles, exploró el miembro lisiado.

—Lo mejor será que traiga aquí los elementos de cura —dictaminó


al cabo de unos segundos—. La fractura es de tibia y peroné, un poco más abajo de la mitad. Si he de moverla, el miembro ha de estar ya escayolado.

—Creo que voy a perder la pierna —dijo ella tranquilamente—. Son demasiados días.

—¿No pudo siquiera aplicarse vacunas por sí misma?

—Perdí el sentido y creo que estuve inconsciente casi veinticuatro horas.

Penrod lanzó una mirada a la arruinada astronave, en realidad, un bote salvavidas.

—De todos modos —sonrió—, aún hay tiempo. Y, en el peor de los casos, recuerde que le pueden implantar una pierna nueva, si hace falta la amputación.

—Si tienen que cortar, no sobreviviré. Estamos demasiado lejos de un hospital...

—Por nada del mundo permitiría que se perdiese la pareja de esta otra pierna tan bonita —dijo Penrod—. Aguarde unos minutos; volveré en seguida con todo lo necesario.

Los ojos de Natalia contemplaron con curiosidad al hombre que se erguía ante ella y que no medía más allá de un metro setenta. Penrod Squibbs, apreció, debía de rondar ya los cuarenta años, y tenía unos hombros anchísimos y un torso de barril, con abundante vello. Casi parecía un gorila, pero su expresión era amistosa v confortadora.

El capitán Squibbs volvió minutos más tarde, cargado conunapesada caja,que depositó en el suelo junto a la lisiada. Natalia le contempló intranquila al verle preparar una pistola de inyecciones. —¿Qué va a hacer? —preguntó. Debo anestesiarla. La pierna le dolerá cuando los huesos vuelvan a su sitio. —Pero usted... Penrod se echó a reír.

—No tema. Obtuve el grado de doctor en medicina antes de dedicarme a buhonero del espacio.

—Seguramente le aburrían los hospitales —adivinó ella.

—Algo hay de eso —convino Penrod. A lospocos momentos,Nataliase sintió invadida

porunadulcelanguidez.Losdoloresdesaparecieron y se durmió apaciblemente.

Penrod trabajó con ahínco durante una hora. Luego alzó en brazos a la paciente y la condujo hasta la nave. —Su cámara está ya preparada —informó Lucas—. Oye, es una hembra muy guapa —observó. —No está mal —dijo Penrod con indiferencia. La *Joven Martha* despegó treinta minutos más tarde, abandonandoaquelsolitariopedrusco perdidoenel espacio y abrasado por un sol casi blanco. Debía de tener un núcleo muy denso, puesto que la gravedad era casi terrestre y ello permitía retener los gases de la atmósfera.

Una vez acomodada Natalia en su camarote, Penrod volvió al puesto de pilotaje y se sentó en su sillón.

—¡A toda vela, Lucas! —ordenó.

—Sí, señor —contestó Lucas reglamentariamente.

La *Joven Martha* alzó el vuelo,-viró en redondo y se lanzó a enorme velocidad por el espacio.

—Voy a establecer el rumbo a Wolly Siete, Lucas —anunció Penrod.

—¡Hum! ¿Tenemos que ir allí forzosamente, capitán?

Penrod notó una cierta sensación de inquietud en la voz de su acompañante y respondió:

—Allí vamos —contestó—. No sólo tengo que entregar un cargamento especial, sino que, además, he de desembarcar allí a nuestra pasajera.

—A veces, Penrod, me pregunto por qué no tienes por acompañante una fulana de tu especie en lugar de un tipo como yo —dijo Lucas.

—¿Me has mirado bien? ¿Qué mujer querría vivir conmigo en el espacio, Lucas?

—Cuando estás en tierra, se te dan muy bien, tú lo sabes perfectamente.

—Por dinero, muchacho, por dinero; nunca me hago ilusiones al

respecto. —Y, al decir esto, Penrod se tocaba la horrible cicatriz que iba desde su oreja izquierda hasta el mentón, con una rama que alteraba en buena parte la conformación de su labio superior—. No —añadió—, estoy mejor solo. Bueno, contigo, quería decir.

Lucas asintió. También él comprendía a su capitán y amigo.

—Somos dos desplazados —murmuró.

En aquel momento centelleó una lámpara. Penrod tocó una tecla y una voz sonó inmediatamente en la cámara:

—Habla el teniente Stropher, Cuarta Patrulla Móvil del Gran Khanato. Identifíquese, por favor.

—Astronave terrestre, comercial, *Joven Martha,* número EO-554173, con los papeles en regla, al mando del capitán Penrod Squibbs, con Lucas Félix como únicotripulante. Estabilizaré mi órbita para que venga a inspeccionar la nave, si lo desea, teniente —dijo Penrod.

—Ah, es usted... Le conozco de referencias, capitán Squibbs. No, no necesito revisar su nave, a menos que se dé cierta circunstancia. Estamos buscando a una inmigrante ¡legal, que desobedeció nuestras órdenes de volverse atrás cuando intentó franquear la Línea Scheneutzinger. Tuvimos que disparar, pero sabemos que pudo escapar en un bote salvavidas, que no ha podido ser localizado todavía. ¿Ha captado algo en sus pantallas detectoras, capitán?

—Ocurrió hace cinco días, teniente —respondió Lucas—. Sí, capté una llamada de socorro, pero cuando acudí, sólo encontré el cadáver de una mujer. Por lo visto, resultó gravemente herida y, aunque consiguió aterrizar en XWY-72, murió a consecuencia de sus heridas.

—Iré a comprobarlo, capitán.

—Haga lo que quiera, yo no mando su patrullera. Pero le recuerdo, si me es permitido, que XWY-72 está fuera de la Línea Schneutzinger. Podrían surgir después complicaciones diplomáticas, aunque, la verdad, yo guardaré silencio. No me gusta meterme en líos, teniente; soy un comerciante, lo que me obliga a la neutralidad con todo el mundo.

Stropher maldijo entre dientes.

—Está bien, capitán, aceptaré su palabra. ¿Se dirige aWollyxSiete?

—Allí voy, y si lo encuentro, tendré un enorme placer en invitarle a una botella de buen vino terrestre.

—Gracias, Penrod. Buen viaje.

—Lo mismo digo, teniente.

Penrod cortó la comunicación, se reclinó en su asiento, volvió la cabeza y guiñó un ojo a su compañero.

—Le engañé, Lucas —dijo, satisfecho.

—¿Podrás hacer lo mismo en Wollyx? —dudó Lucas.

—Al menos, lo intentaré —contestó Penrod resueltamente.

CAPITULOII

Sintiendo todavía cierta debilidad en la pierna, Natalia abandonó su camarote y caminó por un corredor, al final del cual se veía una puerta abierta a medias. Al llegar allí, se detuvo en el umbral.

—Hola —saludó.

Penrod suspendió su labor inmediatamente. Alzó la cabeza v sonrió.

—Ah, veo que se siente mejor —exclamó—. ¿Duele?

—Todavía la noto un poco torpe, pero puede sostenerme perfectamente —contestó ella—. ¿Puedo pasar?

—Claro. —Penrod se puso en pie y buscó una silla—. Siéntese, por favor.

Natalia se dejó caer sobre la silla, con un suspiro.

—Capitán, ¿qué hizo con mi pierna? —preguntó.

—Primero puse los huesos en su sitio. Apliqué una vacuna antigangrena, que dio resultados positivos, y luego eliminé, con el bisturí, los tejidos enfermos. Situé los huesos en su sitio, apliqué un cicatrizador rápido, antibióticos de larga duración y, finalmente, enyesé el miembro. Finalmente y ya en su camarote, puse en funcionamiento el A.R.R... Acelerador-Regenerador Rápido. En cuarenta y ocho horas, se regeneraron los tejidos óseo, muscular, cutáneo...

—Basta, no siga —rió ella—. Oiga, lo que ha hecho es propio de un buen cirujano y no de un buhonero del espacio. ¿Acaso tiene a bordo todos los elementos de cura?

—Bueno, llevo un cargamento de medicinas e instrumental quirúrgico, así que aproveché para usar los mejores elementos.

—Tendré que pagarle lo que ha empleado en mí...

Penrod alzó una mano.

—No hable de dinero —cortó—. Por cierto, vamos a Wollyx Siete, no puedo evitarlo. Tendremos que hacer algo o se verá en un compromiso; usted ya me entiende.

Ella se puso seria.

—Está casi junto a la Línea Schneutzinger —dijo.

—Sí, pero yo soy un comerciante y no un inmigrante ilegal.

Hubo un instante de silencio. Luego, Natalia murmuró:

—Supongo que notengo elección, capitán.

—Ya hablaremos de eso en el momento adecuado. Aún faltan varios días para que lleguemos a Wollyx y a usted la creen muerta.

—¡No! —exclamó la joven.

—Sí. Hablé con un oficial de las Patrullas Móviles del Gran Khanato. Andaba buscándola a usted.

—Pero si va al asteroide… no encontrará mi cuerpo…

Penrod sonrió maliciosamente.

—En primer lugar, eso está fuera de la dichosa línea y, en segundo, si se les ocurre arriesgar una reclamación diplomática, encontrarán una tumba con su cruz. No creo que se atrevan a remover la tierra; en ese sentido, al menos, los khaneses son muy respetuosos.

—Lo hizo usted —dijo ella, admirada.

—Me pareció una precaución útil.

De nuevo sobrevino otra pausa. Penrod contempló a la joven, tan alta como él, de pelo intensamente negro, ojos verdosos y figura sumamente esbelta. Una verdadera belleza, como había calificado Lucas con acierto.

Ella se puso colorada para ocultar la turbación que sentía, señaló la mesa llena de trozos de madera.

—¿Qué hace ahí? —preguntó.

—Oh, estoy construyendo una maqueta. Es un barcode vela antiguo, cuando todavía no se conocía la navegación a vapor o, al menos, no se había popularizado en demasía. Mi nave también emplea velas.

—¡Velas en el espacio! —respingó Natalia.

—Sí; velas que recogen los impulsos de la luz solar... de cualquier estrella que emita luz. Eso ahorra mucho combustible, ya que puedo desconectar los impulsores, una vez establecida la órbita deseada. Hay momentos en que la *Joven Martha* navega a menos de una centésima de la velocidad de la luz.

—Pero necesitará unas velas enormes... Serán pesadísimas...

—Bueno, llevo unos sesenta millones de metros cuadrados de superficie vélica. El tejido es muy ligero, un gramo por metro cuadrado, naturalmente, de gran resistencia a la tensión, lo que da en resumen, sesenta y pico toneladas de peso adicional, ya que es preciso contar con la arboladura. Pero, a la larga, el velamen lumínico resulta rentable.

—Sin embargo, quedan los saltos espaciales...

—Sí, es preciso atravesar largas distancias. Pero en distancias planetarias, en que no se necesita emplear la impulsión hiperespacial, las velas resultan muy útiles y económicas.

—Comprendo —sonrió ella. Y, en aquel momento, Lucas, desde la puerta, anunció:

—Penrod, Wollyx está a doscientos cincuenta y seis minutos. Creo que es hora de arriar velas.

Al oír aquella voz, Natalia se volvió. Inmediatamente, lanzó un chillido de terror:

—¡Un tigre!

Y dio un salto que la llevó a los fuertes brazos del capitán Squibbs, olvidada por el momento de la debilidad de su pierna derecha.

* * *

Mientras disfrutaba, sintiendo contra su pecho el suave calorcillo de aquel cuerpo bien formado, Penrod se echó a reír.

—No tema —dijo—. Lucas es un tigre civilizado. Aunque esté medio muerto de hambre, no se come a las personas. Lucas, saluda a la señorita Kowalski.

—¿Cómo está usted? —dijo eltigre educadamente.

—E...stupe...falta... —contestó la joven—. ¡Un tigre que habla! ¿Estoy soñando?

—Está en mis brazos —puntualizó Penrod alegremente—. Vamos, siéntese en su silla. Le aseguro que Lucas no le hará el menor daño.

Natalia continuaba atónita. El tigre de Bengala, amarillo y negro, estaba frente a ella, meneando la cola suavemente. Era un animal enorme, de más de ciento cincuenta kilos de peso y casi tres metros del bigotudo hocico a la cola. Los colmillos y las uñas de sus garras daban escalofríos.

—Pe... pero, ¿cómo ha conseguido una cosa así? —preguntó, llena de asombro—. Esto parece un cuento fantástico... una de aquellas historias en que hablaban los animales...

—Bueno, hubo una vez un cirujano loco que atrapó un buen día a un hermoso tigre de Bengala y se puso a experimentar con el cerebro del animal. Cuando lo hubo vuelto inteligente, arregló su boca, faringe y demás para que expresara verbalmente sus ideas. Entonces, un desaprensivo asesinó al cirujano y se llevó al tigre, para exhibirlo en un circo. Lucas pasó una temporada muy mala, porque no quería estar enjaulado, hasta que yo pude tenerlo a mi lado.

—Asaltó el circo y se lo llevó...

—No, se lo gané al dueño en una partida de cartas. Era un mal perdedor y me acusó de hacer trampas. Como lo dijo en público, le pegué un tiro. Recibí muchas palmadas en la espalda, créame.

Natalia continuaba con la mirada fija en Lucas. Penrod ya estaba en pie.

—Bien, con su permiso, voy a disponer la maniobra. Dentro de unas seis horas, llegaremos a Wollyx.

—¡Espere! —gritó ella—. ¿Podría ver el velamen de su nave?

—Claro. Ande, apóyese en mi brazo. Lucas, deja que ella te acaricie la cabeza.

—Con mucho gusto —accedió el felino.

Penrod volvió la cara hacia la joven.

—Se llama Lucas Félix. El apellido es latín antiguo v significa felino.

—Oh... —El pelo de Lucas era muy suave.

—No piense en hacerse una alfombra con mi piel —gruñó el tigre —. Eso ocurría hace muchos años.

—Ni se me había ocurrido, te lo juro —contestó ella.

Momentos después, estaban en la cámara de mando. Por medio de una pantalla, cuyo objetivo se hallaba en el exterior, Natalia pudo contemplar, admirada, las gigantescas velas del navío espacial. La verga mayor medía cinco kilómetros y parecía perderse de vista a ambos lados. Los mástiles tenían hasta doce kilómetros de altura. Era, realmente, un espectáculo muy impresionante.

Palos, vergas y velas se arriaban por medios mecánicos, replegándose los palos y las vergas telescópicamente, una vez enrolladas las velas. Luego, el conjunto desaparecía en el interior de un gran hangar, especialmente diseñado, que se adaptaba a la línea del casco. Una vez terminada satisfactoriamente la maniobra, Penrod se encaró con su pasajera.

—Hay que cambiar ese aspecto —dijo. —¿Cómo? —respingó la joven.

—A usted la conocen y yo no tengo ganas de que me retiren la licencia para comerciar con los khaneses. —No me conocen...

—Sí —insistió él—. Escuche, yo voy ahora a Wollyx, que es un puesto neutral, pero, inmediatamente después, vienelaLíneaSchneutzingerynopodréfranquearlasi saben que he mentido respecto a su muerte. El Gran Khanato tiene cantidad de espías en Wollyx, ¿comprende?

Natalia se mordió los labios.

—Bueno, pero yo...

—Hablemos claro. ¿Por qué atacaron su nave?

—Primero, me pidieron la identificación. Di mi nombre, matrícula y demás, y entonces me lanzaron unas cuantas descargas de energía. Apenas si tuve tiempo de escapar en un bote salvavidas, poco menos que sin rumbo. Entonces, llegué al asteroide y en el aterrizaje fue

cuando me partí la pierna.

—Eso significa que conocían su auténtica personalidad.

Natalia se puso colorada.

—¿Qué trata de dar a entender? —preguntó.

—Simplemente, que no es una mujer que viaja por placer de conocer otros mundos, sino una espía.

Hubo un instante de silencio.

—Ya dije yo que el plan no era factible... —suspiró ella.

—En los últimos tiempos, la Begum Avra de York, su Primer Consejero Schneutzinger y el resto de la corte, mejor llamada sería camarilla, se han vuelto muy suspicaces. Usted estaba ya a punto de atravesar la línea, ¿verdad?

—Sí —admitió Natalia desanimadamente—. Los disparos provenían de Fuerte Skapur.

—Bueno, pero ¿qué dijo usted antes de los disparos? ¿Qué alegó como motivos para su viaje a Ophyr, la capital del Gran Khanato?

—Declaré que era un geólogo, en viaje de prácticas, para mi doctorado...

Penrod elevó los ojos al cielo.

—¿Has oído eso, Lucas?

El tigre estaba muy ocupado en limpiarse la pata delantera con la lengua, pero encontró un hueco en su labor.

—Es la tontería más grande que he oído en los días de mi felina existencia —contesto.

—Bien, pero ¿qué hay de malo en que un licenciado en geología quiera realizar su tesis doctoral fuera de la Tierra?. Cientos de terrestres lo han hecho antes que yo —protestó la muchacha.

—Oh, sí, pero daba la casualidad de que no eran espías.

—¿Y cómo sabe que lo soy?

—Porque le dispararon desde Fuerte Skapur. Mire, Natalia —dijo Penrod—, los khaneses pueden tener todos los defectos que quieran, incluyendo el de ser Supersticiosos, pero no son tontos en absoluto. Si saben que usted es espía, es porque ellos tienen algún agente infiltrado en el Servicio Secreto de la Tierra, no le quepa la menor duda. Aún más, yo diría que no quisieron matarla y se limitaron solamente a destruir su nave. Permitieron que escapara en el bote salvavidas, ¿no?

Natalia se hizo un tanto la remolona.

—Pude conectar a tiempo las pantallas deflectoras...

—Cosa impropia de un futuro doctor en geología —decretó Penrod, inflexible—. Adecuada, por el contrario, para un espía.

—Supongamos que lo sea. No lo soy, pero vamos a imaginarlo por un momento. ¿Qué papel cree usted que debería haber adoptado?

—Bailarina del vientre y sin velos, o. domadora de serpientes —terció Lucas—. En un circo, claro.

—¿Exhibirme desnuda, delante de la gente? ¿Jugar con reptiles? —exclamó Natalia con repugnancia.

—No lo sé, eso es cosa de sus jefes —dijo Penrod—. En cambio, hay algo que sí puedo asegurarle: la dejaré en Wollyx Siete y ahí acabará nuestra relación. Por supuesto, estará disfrazada antes del desembarco; a fin de cuentas, yo soy cómplice suyo, al mentir sobre su muerte. Pero también es cierto que el asteroide en que la encontré está fuera de las fronteras del Khanato, y que Wollyx es un mundo neutral, así que estamos a mano. A partir de ese momento, su suerte será suya,doctora Kowalski. Y recuerde, Wollyx está infestado de agentes de la Begum.

Natalia asintió, muy decepcionada. Luego hizo una pregunta:

—Pero ¿por qué los khaneses no quieren que ciertas personas franqueen la Línea Schneutzinger?

Penrod se encogió de hombros.

—No lo sé, ni me interesa. Yo sólo soy un buhonero del espacio y me conviene estar a bien con todo el mundo.

—Un buhonero del espacio... —repitió ella pensativamente—. Capitán, usted fue cirujano en tiempos. ¿No se le ha ocurrido la idea

de arreglar un poco su cara? Quedaría feo, pero simpático…

—Estoy bien así como estoy —replicó él secamente. Y en vista de la respuesta, Natalia decidió *in mente* que no debía insistir más sobre el tema.

CAPITULOIII

La nave se posó lentamente en tierra. Lucas, prudente» se ocultó en su camarote, cuya puerta tenía picaportes especiales, adaptados a sus garras. El felino comprendía la conveniencia de no mostrarse a la vista de ciertas gentes. Sobre todo, si se recordaba que era en Wollyx donde había sido rescatado y que su anterior amo tenía aún amigos que podían muy bien pensar en hacerse una alfombra con su piel, como homenaje o venganza.

Penrod, por su parte, atendió a un ávido oficial de aduanas, que le despachó rápidamente, a cambio de una sustanciosa propina. Luego se asomó a la escotilla inferior, situada a menos de un metro del suelo. Sobre él, se erguía la imponente mole de la astronave.

Un hombre se acercó a poco.

—Eh, capitán Squibbs, ¿trae el equipo médico que le encargó el doctor Siphelis?

—Hasta el último ovillo de hilo para coser tripas abiertas —contestó Penrod alegremente—. Acerque su aerocamión y tendré mucho gusto en entregarle la mercancía. A cambio, naturalmente de un sustancioso cheque.

—Traigo el cheque —declaró el sujeto.

—Muy bien, no se hable más. Dentro de cinco minutos seré con usted.

Otro hombre se acercó, gordo, voluminoso, con el cráneo completamente afeitado, salvo por un mechón de pelos en el arranque de la frente. Era un caprichode Turley Ganbo, uno de los más astutos comerciantes de Wollyx Siete. En realidad, poseía una frondosa cabellera, pero también un acusado sentido del humor y el mechón de pelos, muy bien engomado, parecía el asta de untorobravo.Ganboerallamado elUnicornio, pero no le molestaba, sino que más bien le divertía. Nadie conocía los motivos de aquel capricho, salvo su autor, y no los confesaba a nadie.

—Eh, Penrod, ¿has traído de la Tierra lo que te encargué? —preguntó.

Penrod agitó la mano alegremente.

—Lo tengo. Te lo daré así haya descargado el equipo médico para el matasanos. Mientras tanto... ahí tienes un anticipo.

Dos botellas volaron por el aire y fueron hábilmente atrapadas por las enormes manos del comerciante.

—Champaña francés, jerez español, auténticos, no sintetizados —anunció Penrod orgullosamente—. Tengo también whisky de las mejores marcas...

—Penrod, hijo, no me digas cosas así; mi corazón está muy débil —dijo el comerciante, arrobado.

—Te llevaré el resto a la noche. Si me invitas a cenar en tu casa, claro.

—Estás invitado, Penrod... ¿Eh, qué es eso?

Penrod notó la extrañeza de Ganbo y se volvió. Natalia, con un maletín en la mano, estaba en el umbral de la escotilla. Penrod le había facilitado ropas nuevas, consistentes en una blusa cerrada de cuello, cazadora y pantalones cortos, además de botas de media caña. El pelo era ahora intensamente negro, y el tono verdoso de sus ojos había sido trocado en uno marrón oscuro, merced a unas lentes de contacto. Realmente, estaba desconocida.

—Me voy —dijo secamente.

—Sí hija, sí, lárgate y ojalá, el próximo con quien te acuestes, te pegue la peste khanesa —respondió Penrod con acritud.

—El próximo tipo que venga a mi cama no será unfanfarrón, sino un hombre —contestó ella, alzando mucho la barbilla.

—Eh, pero ¿qué dice esta zorra...?

Natalia estaba ya en el suelo; por eso el pie de Penrod la alcanzó en el hombro, aunque con la fuerza suficiente para arrojarla cuan larga era. Ganbo estaba atónito.

Ella se levantó, vomitando mil maldiciones. Penrod contestó con unas cuantas lindezas. El intercambio de «elogios» acabó muy pronto, no obstante.

—Pero ¿qué diablos te ha hecho ese bombón, Penrod? —exclamó Ganbo, que no salía de su asombro.

—Me la traje para el viaje —contestó malhumoradamente el capitán Squibbs—. Si hubiera dado un buen resultado, la hubiese contratado fija, pero resultó ser sosa, sin imaginación. Fíjate, decirme que no soy hombre; a mí, que dejé agotadas a cuatro fulanas en una sola noche, y sin necesidad de «Sexylium». Nunca he necesitado yo un maldito afrodisíaco para gozar de una prójima y…

—Basta, basta ya de charla —cortó Ganbo—. Te espero a la noche, en mi residencia privada. Mis hombres están ya dispuestos para llevarse la mercancía, Penrod.

—Muy bien, Turley. Prepara un buey, medio para cada uno, porque con menos no me conformo —pidió estentóreamente el capitán Squibbs, mirando con el rabillo del ojo a un supuesto ayudante del oficial de aduanas, que tomaba, aparentemente, nota de las mercancías que se iban a descargar. Pero, en realidad, sus ojos estaban fijos en los dos hombres que conversaban tan jocundamente.

—Tendrás tu medio buey en la mesa… ¡y una mujer entera en la cama! —se despidió Ganbo con un acento no menos atronador.

* * *

La cena había terminado y, para elogiar al anfitrión, Penrod soltó un par de ruidosos eructos. Las dos jóvenes que habían servido el copioso menú, vestidas solamente con un diminuto faldellín de fibra, hicieron una respetuosa inclinación y se retiraron en silencio. Ganbo guiñó un ojo a su invitado. —¿Cuál de las dos prefieres para esta noche? —preguntó.

—Lamentaría mucho herir tu sentido de la hospitalidad, pero, al menos por hoy, me conformo con la cena. Y esta copa de buen coñac…

—Que has traído tú —se quejó el comerciante. —Bueno, no nos peleemos por una fruslería. Pasemos a lo importante. ¿Qué noticias tienes para mí? —¿En qué sentido lo preguntas? —Sólo en uno. El otro no interesa. Está ya muerto. Cenizas.

—A veces, bajo las cenizas, quedan brasas… —Ha llovido mucho, Turley, tú lo sabes bien. Vamos, suelta lo que sepas.

Ganbo abrió una caja de auténticos habanos. En Wollyx costaban

como doscientas veces su valor en origen.

—Eso no marcha muy bien —murmuró—. Personalmente, estimo que el Primer Consejero quiere hacerse con el poder.

—¿Lo permitirá ella?

—¿Impedirá que la quiten de en medio, si Schneutzinger lo estima necesario para sus proyectos? —Está el Gran Khan...

—El Gran Khan tiene la afortunadísima edad de seis años. Le faltan doce para la mayoría de edad. Por ahora, ni siquiera tiene derecho al título. Es, simplemente, el príncipe heredero —dijo Ganbo, mientras contemplaba las azules volutas de humo que se escapaban de su cigarro.

—Siempre pensé que la Begum sería mujer de mucho carácter.

—Lo tiene, pero Egon Schneutzinger es aún más fuerte. Aún más, una buena parte de los oficiales están a su lado. El pueblo, por supuesto, no interviene en la intriga. En Ophyr se vive bien y eso es lo que importa a la gente. Como ha sucedido siempre en todas partes.

—Pero los viajes más allá están prohibidos, incluso para los terrestres. ¿Por qué no nos dejan traspasar la Línea Schneutzinger en el otro sentido?

—¿Se te ocurrió preguntárselo alguna vez a la Begum?

—Entonces, no existía esa prohibición...

—Ni tampoco los nuevos generadores. El viaje resultaba entonces impensable, a menos que se arriesgase uno a pasar veinte años en el espacio. Ya costaba bastante llegar desde la Tierra y, por un tiempo, tú lo sabes muy bien, todo el mundo se sentía fatigado de las conquistas espaciales. Por otra parte, lo sabes igualmente, los nuevos generadores sólo se pueden emplear al otro lado de la línea. Y en ello basan su fuerza para prohibir atravesar esafrontera.

Disgustado,Penrodemitió una gruesa interjección.

—Tengo que averiguar los motivos de tal prohibición —dijo.

—Puede costarte el pellejo. Egon no es compasivo con los espías. Al último lo metió en una caldera de aceite hirviendo. Es auténtico, Penrod, no exagero ni tanto así.

El capitán Squibbs volvió a jurar.

—Veo que no me queda otro remedio que hacer una visita a la Begum —masculló.

—Eso es cosa tuya. Pero en Ophyr te conocen muy bien. Y hay una tremenda barrera de cortesanos ante Avra de York, todos los cuales, como es lógico, son acérrimos partidarios del Primer Consejero,

—Cuando es necesario, yo también sé ganarme partidarios.

La regordeta mano de Ganbo trazó un signo en el aire.

—Entonces, ve y que Dios te acompañe —deseó. Soltó una risita—. En estos tiempos, y a pesar de mis innumerables pecados, todavía sigo siendo creyente.

Penrod sonrió ligeramente. De pronto, recordó algo:

—Turley, Egon es un tipo que tiene espías por todas partes. Han podido escuchamos... —exclamó, alarmado.

Ganbo sacó un medallón que llevaba oculto en la amplia túnica púrpura y oro, con la que cubría su colosal volumen.

—Nadie que no sea tú ha podido oír mis respuestas.Yviceversa— dijo.

—Eso me tranquiliza —respiró Penrod. Y, en aquel momento, se abrió la puerta violentamente.

Penrod echó inmediatamente mano a la pistola de energía que llevaba al costado. Pero en seguida reconoció a uno de los ayudantes de Ganbo.

—Señor —anunció el hombre—, ha ocurrido algo horrible...

Ganbo y su invitado escucharon el mensaje. Penrod se puso inmediatamente en pie.

—Eso puede traerme complicaciones —barbotó.

—Tranquilo, muchacho —dijo Ganbo—. Vuelve a tu nave; yo hablaré con el Director de Seguridad. Es buen amigomío, aparte de queme debe muchos favores.Yno es un tipo precisamente entusiasta de Schneutzinger y de sus *boys.*

—Tiene mucha razón el que dijo que un amigo vale más que todo el oro del mundo.

—Porque él no tenía ni siquiera un gramo de oro —contestó Ganbo con una risotada que hizo estremecer convulsivamente su tremenda humanidad.

Penrod rió también. Al salir, se puso serio, porque sabía que Lucas podía verse en un serio compromiso.

* * *

El hombre yacía sobre un lago de sangre, con el cuello horriblemente destrozado por un zarpazo. Lucas permanecía en un rincón, gruñendo sordamente, enhiestos los bigotes y la cola moviéndose lenta y amenazadoramente.

Había un par de agentes de policía. Un hombre se quejaba furiosamente.

—Ese tigre es un asesino —bramaba—. Mató a mi amigo sin darle tiempo a defenderse...

Penrod le miró serenamente. El vociferante era el mismo aduanero que tanto interés había mostrado en él v Ganbo.

—Dígame, ¿por qué está el muerto dentro de mi nave?

—Nosotros estábamos charlando aquí, tranquilamente, apoyados en el casco. Ambos estábamos en servicio de vigilancia, para que nadie sin autorización entre o saque mercancías de esta maldita nave. El pestillo exterior estaba mal ajustado y la espalda de mi amigo lo hizo funcionar inadvertidamente. ¿Hay algún mal en que un aduanero eche un vistazo a una nave extranjera?

—Ninguno, si tiene permiso de su jefe y del capitán. ¡Y mi nave había sido ya despachada por su jefe! —tronó Penrod.

—Aun así, debía haber mantenido atado a su tigre...

—Me defendí —intervino Lucas—. El muerto sacó una pistola de energía. Su compañero la cogió después. No quise nacerle daño. La tiene bajo la camisa.

—Pudo haberle matado desde el exterior.

—No se atrevió. Hubiera cometido un delito, al causar daño a los habitantes o a las cosas de esta nave, aun hallándose en el exterior de ella. Y yo tampoco les hice nada, mientras se mantuvieron fuera. Sólo actué cuando el muerto penetró. Le ordené que se marchase, me insultó, sacó su pistola...

El aduanero se volvió hacia uno de los policías.

—¿Van a hacer caso de la palabra de un animal, vuelto inteligente por métodos artificiales? ¿Vale más lo que dice ese tigre asesino que mi declaración?

El policíaestabaturbado.Evidentemente,era uncaso nuevo para él y no sabía qué partido tomar. Pero, de repente, apareció un nuevo personaje en escena.

—Soy el jefe de Seguridad, coronel Rysdale —se presentó—. ¿Pueden informarme de lo sucedido?

El aduanero repitió su versión. Rysdale chasqueó los dedos.

—¿Su nombre?

—Hugo Perwin, señor.

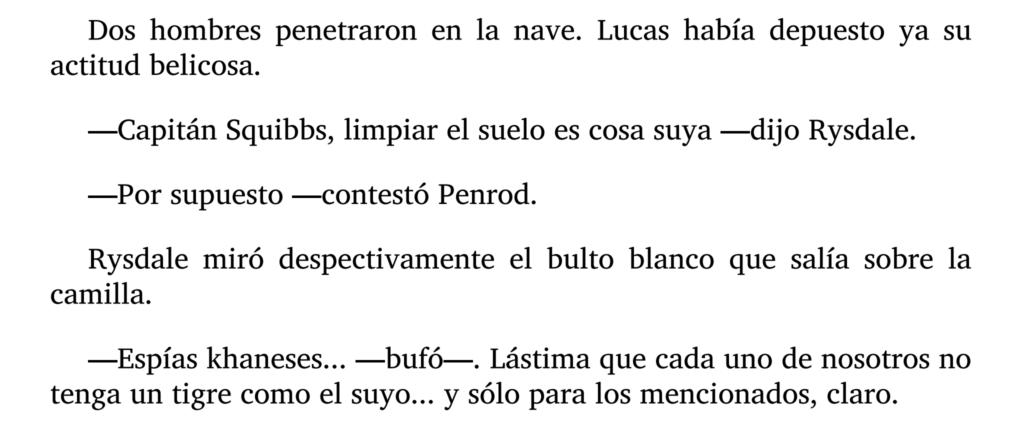
—Entonces, será mejor que se largue y no intente siquiera formular una denuncia, que no será atendida. Usted, ayudante del aduanero, debería conocer muy bien las leyes espaciales, sobre todo el artículo veintinueve, párrafo segundo, que dice, textualmente: «Todo propietario o capitán de una nave tiene pleno derecho a proteger la nave, sus instalaciones, la carga y todo cuanto transporta, así como a sus tripulantes y pasajeros, por los medios que estime convenientes para la seguridad de las personas y los enseres.»

—Pero mi compañero no sacó una pistola —insistió Perwin.

—Entró en la nave. No tenía derecho a ello. La nave había sido ya despachada por la aduana. El capitán Squibbs hizo lo mismo que cualquier persona que dispara contra un intruso en su casa. Sólo que él usó un tigre. Lárguese, Perwin; esto se ha acabado ya.

Rysdale movió una mano.

—¡A ver, los camilleros! —llamó.



Dos hombres penetraron en la nave. Lucas había depuesto ya su actitud belicosa.

—Capitán Squibbs, limpiar el suelo es cosa suya —dijo Rysdale.

—Por supuesto —contestó Penrod.

Rysdale miró despectivamente el bulto blanco que salía sobre la camilla.

—Espías khaneses... —bufó—. Lástima que cada uno de nosotros no tenga un tigre como el suyo... y sólo para los mencionados, claro.

Penrod sonrió.

—Le doy las gracias, coronel —dijo.

Rysdale saludó militarmente.

—Déselas a quien sabe —dijo, con una sonrisa de complicidad,

Penrod y el felino quedaron a solas.

—Bueno, ahora tendré que dedicarme a fregatriz... Lucas, ¿has dicho la verdad?

El tigre alzó solemnemente la pata delantera derecha.

—El aduanero entró. Forzaron el cierre; hay una luz roja encendida en el tablero de mandos. Yo la vi, acudí a la puerta, me tropecé con él y le dije que se largara. Entonces, empezó a burlarse de mí y dijo que iba a disecarme de un tiro. Sacó la pistola...

—Y le atacaste, ¿no?

—Bueno, primero cargué contra sus piernas, para evitar la energía al cuerpo. Cuando cayó, perdió la pistola, pero gateó para recobrarla. Entonces fue cuando le arreé el zarpazo en la yugular. —Lucas emitió un bufido de disgusto—. Lástima que no me conviniera tocarlo más; estaba gordito, bastante apetitoso. —Miró quejumbrosamente a su amigo humano—. Nunca he probado la carne de hombre, ¿sabes?

Penrod respingó.

—Ni lo intentes, por todos los diablos —contestó. Luego acarició la cabeza del felino—. Anda a tu bañó y lávate bien esa pata. Yo me ocuparé de dejar el suelo en condiciones.

—Será mejor que revises los mandos de la compuerta; esos bastardos han podido estropearlos —dijo Lucas, mientras se alejaba calmosamente.

Al quedarse solos, Penrod se puso las manos en los costados. ¿Qué buscaba realmente el aduanero?

Había sido un espía del Gran Khanato, no cabía duda. Pero ¿cuáles eran sus propósitos reales?

—Tendré que averiguarlo en el mismísimo Ophyr —dijo a media voz, dándose a sí mismo la respuesta que nadie podía ofrecerle en aquellos momentos.

CAPITULOIV

En cuarenta y ocho horas más, Penrod vendió a buen precio una parte de las mercancías, cobró el importe, pagó algunos débitos atrasados de poca monta y luego se corrió una gran juerga, que terminó en el lecho de una atractiva dama nocturna, a la que conocía de antiguo. Al día siguiente, ya bien entrada la mañana, compareció ante su nave, todavía bajo los efectos de la resaca.

—Si mis garras pudiesen hacerlo, te tendría preparado un litro de café —dijo Lucas—. ¿Lo has pasado bien? ¿Estaba buena la humana?

—De primera —contestó Penrod, poniendo los ojos en blanco.

—A ver cuándo me buscas una pareja —rezongó el felino—. Me tienes prometido ir a Bengala el próximo viaje...

—Pero el doctor Ignatius Svorosisk está muerto —alegó Penrod. Svorosisk era el cirujano que había hecho el milagro en el tigre.

—Bueno, lo sé, pero yo no soy tonto precisamente, y cuando me di cuenta de que tenía inteligencia, le pedí reprodujera en un cuaderno todo el proceso de la operación. Lo tengo bien guardado y no falta el menor detalle; está descrito con pelos y señales...

—Sí, tratándose de un felino, el pelo es lógico. Bueno, voy a ver si tomo un poco de café.

—Lo tienes ya hecho por un amigo tuyo que te aguarda en la cámara, Penrod —dijo Lucas.

—Por todos los... —El único a quien Lucas habría permitido entrar en la nave era Ganbo—. Debiste haberlo dicho antes —le reprochó.

Corrió hacia la cámara. Ganbo estaba llenándole ya una taza de café.

—Has pasado una noche bomba, ¿eh? —sonrió el comerciante.

—No puedo quejarme. Y era algo que me debía a mí mismo...

—Siéntate y toma el café. Es hora de que sepas algo. Quizá no te interese, pero me pareció conveniente venir a decírtelo en persona.

Penrod tenía la taza en alto y contestó:

—Debe de ser importante, supongo.

—Eso lo debes estimar tú. Mientras te refocilabas con Uhana, los hombres de Schneutzinger se han llevado a Natalia Kowalski.

—No hablas en serio...

Ganbo asintió varias veces.

—Me lo ha dicho quien me merece absoluto crédito —contestó.

—Pero eso... es violación de las leyes de Wollyx... Han secuestrado a una extranjera en su territorio... Es un secuestro realizado por extranjeros...

—Natalia se fue con ellos por aparente voluntad.

—Drogada —adivinó Penrod.

—Muy probable.

Penrod se sentó desanimadamente en una silla.

—Ya no puedo hacer nada por esa tonta —refunfuñó—. Se creyó una heroína de novela... y ha caído a la primera... En lugar de tomar pasaje de vuelta para la Tierra se quedó... Y eso que le dije que los cañones energéticos de Fort Skapur le habían disparado solamente salvas de aviso, bueno, le destrozaron la nave, pero permitieron que se salvase en un bote...

—Natalia está en Fuerte Saturno —dijo Ganbo.

—¿Cómo lo sabes? —respingó Penrod.

—Los secuestradores procedían de ese punto de la línea. Tienen que volver allí.

—Han podido volver directamente a Ophyr...

—No, y te diré por qué. El tratado de astronáutica entre Wollyx y el Gran Khanato estipula que no podrá aterrizar en nuestro territorio ninguna nave con motores hiperestelares. Es una precaución establecida muchos años antes, cuando los escapes podían contaminar la superficie. Ahora ya no sucede eso, pero este punto del tratado no ha sido abolido todavía, a pesar de lo que han insistido los khaneses. Y lo seguimos cumpliendo y exigiendo con toda rigidez. Por tanto, han usado una nave interplanetaria.

—Han podido enmascarar una con motores hiperestelares...

—En este aspecto, somos muy exigentes con los khaneses. Todas sus naves son inspeccionadas minuciosamente por nuestros aduaneros. Si hubieran tratado de engañarnos, la nave, de acuerdo con los términos del tratado, habría sido confiscada y sus tripulantes encarcelados, hasta que el gobierno de Ophyr hubiese pagado la multa consiguiente. No, te digo que Natalia viaja en estos momentos rumbo a Fuerte Saturno.

Ganbo se acarició el mechón y se puso en pie.

—En fin, lo que sigue es tuyo, Penrod —concluyó.

La mano del capitán Squibbs se alzó instantáneamente.

—Turley, escúchame. ¿Qué pasaría si intentase rescatar a Natalia? —consultó.

—Pueden pasar muchas cosas —respondió Ganbo—. Si llegas a tiempo, claro. Tal vez haya en Fuerte Saturno una nave esperándola y se la lleven de inmediato... o quizá la tengan unos días hasta la llegada de esa nave hiperespacial... Como sea, mis informes, no llegan hasta ese extremo. Sólo puedo decirte que el trabajo no va a resultar fácil.

—Debo intentarlo —gruñó Penrod—. No me gustaría verla en una caldera de aceite hirviendo.

—Desde luego, está como para comérsela, pero no frita —rió el comerciante.

Penrod se puso en pie.

—Iré a Fuerte Saturno —decidió—. Debo entregar una partida de libros y medicamentos en Jaroslav 14, pero pueden esperar muy bien algunas semanas. Aunque confío en que el retraso no sea tan grande. —Miró a su amigo—. Gracias, Turley.

Ganbo alzó el índice, grueso, mantecoso.

—Suerte —se despidió. Al pasar junto a Lucas, se inclinó y le acarició la cabeza—. Adiós, Lucas.

—Adiós, señor Ganbo —respondió el tigre.

Penrod y Lucas se quedaron a solas.

—¿Quéopinas? —preguntó elprimero.

Lucas sacó la lengua y empezó a humedecerse la pata delantera derecha.

—Si te das prisa, puedes llegar a Fuerte Saturno incluso antes que Natalia —dijo.

—Tendría que utilizar los motores hiperespaciales… Es una maniobra muy delicada… —murmuró Penrod.

—Yo lucharía por mi hembra con una boa constrictor —dijo Lucas intencionadamente.

Penrod sonrió al comprender el sentido de la respuesta.

—Está bien —contestó—. Voy a la computadora.

—Afina la puntería —recomendó el felino—. A fin de cuentas, yo también viajo en esta nave y no me gustaría convertirme en polvillo cósmico.

Penrod se echó a reír primero. Luego se puso serio, pensando en que si no llegaba a tiempo, Natalia podría verse en una crítica situación. Por supuesto, Schneutzinger no tendría piedad de ella.

* * *

—Una puntería excelente —elogió Lucas, al ver en la pantalla la imagen de Fuerte Saturno, después de la transiciónhiperespacial, queleshabíahechorecorrerdecenas de millones de kilómetros en fracciones de segundo.

—Me ha costado un montón de toneladas de combustible —se lamentó Penrod, situado igualmente ante la pantalla que recogía las imágenes del telescopio de observación—. Para reponerlo, me sacarán un ojo de la cara en Jaroslav 14…

—Ella se lo merece todo y alguien pagará esa factura —dijo el tigre maliciosamente.

Penrod se puso un cigarro en la boca. Fuerte Saturno estaba ahora solamente a unos cientos de miles de kilómetros, un pedrusco de sólo

mil setecientos kilómetros de diámetro, casi esférico, con algunas zonas verdes en torno al colosal edificio hexagonal del fuerte, en cuyos ángulos se divisaban las enormes torres artilladas con los destructores cañones de energía. Penrod sabía que, al igual que la inmensa mayoría de los asteroides que componían la Línea Schneutzinger, era un cuerpo celeste, con un núcleo enormemente denso, lo que le proporcionaba tres cuartos de una gravedad normal. Ello, por tanto, le permitía tener atmósfera, agua y plantas, aunque el agua y las plantas habían sido importadas con posterioridad al establecimiento del fuerte, para solaz y comodidad de la guarnición.

La curiosa peculiaridad de Fuerte Saturno estribaba en su anillo de pedruscos, situado a unos treinta y seis mil kilómetros de la superficie. Fuerte Saturno era uno de los asteroides con mayor gravedad, lo que le permitía retener sin dificultad aquel cinturón de piedras, ancho de veinte kilómetros, grueso de uno y medio y compuesto por centenares de millones de pequeños corpúsculos sólidos, algunos de los cuales no eran mayores que guijarros de río. Pero visto desde la lejanía, resultaba un espectáculo realmente atractivo.

Penrod se había forjado un plan para el rescate de Natalia. Si no daba resultado... Bien, tendría que volar a Ophyr, para llegar a tiempo. Pero estaba seguro de conseguir sus propósitos, sin necesidad de echar mano de sus relaciones en la capital del Gran Khanato.

De repente, una lámpara empezó a oscilar en el cuadro de mandos. Penrod adelantó la mano derecha y presionó una tecla.

—Habla el capitán Squibbs, comandante y propietario de la nave comercial *Joven Martha* —dijo.

—Soy el oficial de servicio en Fuerte Saturno. Pregunto: ¿qué hace en las inmediaciones de este fuerte? —interrogó alguien secamente.

—Amigo, póngame con su jefe, el coronel Kalydoro. Dele mi nombre y dígale que traigo algo que le interesa.

—Está bien.

Segundos después, Penrod escuchaba una voz distinta, más gruesa:

—Eh, pirata del espacio, ¿qué diablos haces en mis dominios? ¿Porquéhasvioladolasreglas?

—Bueno, me dirigía a Jaroslav 14, donde tengo que entregar algunas cosillas, pero de pronto me di cuenta de que tu choza me caía

al paso, así que me dije: «¿Por qué no tomar un par de tragos con un viejo amigo?» Y por eso estoy aquí, con unas botellas de lo fino… si me permites tomartierra en tu feudo, claro está.

—Anda, baja, baja, especie de bastardo… —rió Kalydoro—. Oye, ¿es cierto que Viaja contigo un tigre inteligente?

—Te lo enseñaré antes de que tomes el primer trago, para queno creasquehastenido unapesadilla.

Kalydoro rió atronadoramente.

—Resultará interesante —dijo—. Está bien, ahora mismo daré orden para que no te pongan inconvenientes en el aterrizaje.

—Gracias, buen amigo.

Penrod cortó la comunicación. Luego se volvió hacia el felino y le guiñó un ojo.

—Eso está en el bote —dijo.

—Podrías haberle preguntado si Natalia ha llegado…

—No era conveniente Además, tengo la seguridad de haber ganado, al menos, cuatro o cinco horas de ventaja —respondióPenrod firmemente.

CAPITULOV

Salvo por la cicatriz, el coronel Kalydoro hubiera podido parecer hermano de Penrod Squibbs. Mediana estatura, torso de barril, barba cerrada, ojos maliciosos... Kalydoro levantó su segunda copa y brindó:

—Por tu prosperidad, Penrod.

—Por tu próximo ascenso a general, Kalydoro.

El coronel vació su copa de un trago. Luego meneó la cabeza.

—Lo dudo mucho. No llegaré a general. Es más probable que me retiren, después de mi tiempo de servicio en el fuerte —dijo.

Penrod alzó las cejas.

—No digas...

—Así como lo oyes. Tengo la desgracia de no ser objeto de predilección del Consejero de Defensa, uña y carne, como supongo no ignoras, de Egon Schneutzinger. Naturalmente, cuando se produzca la próxima vacante, Egon querrá poner a uno de los suyos en otro puesto clave.

—Creo que entiendo —dijo Penrod—. Pero, por todos los diablos, ¿qué es lo que se propone el primer Consejero? ¿Por qué su cerrazón en no permitir que las naves terrestres vayan más allá de esta línea?

—¿Cómo puedo saberlo yo? Soy un militar, no un político. Estoy aquí porque obedezco órdenes... y, aun así, ya ves, no les resulto grato.

Penrodbajólavoz súbitamente.

—Kalydoro, ¿crees que Egon trata de alzarse con el poder?

El coronel miró fijamente a su anfitrión.

—Nosotros obedecemos y respetamos gustosos a la Begum —contestó—. Pero ella sólo tiene ojos y oídos para lo que dice y hace Egon.

—Y no hay quien se atreva a deponer a ese traidor...

—El país, y también todos los fuertes, están plagados de espías. No

hay quien dé un paso sin que Egon lo sepa en pocas horas. No, Penrod, no existe la menor posibilidad de una conspiración. Por ahora, sin embargo, debo decirte que Egon no ha vertido sangre khanesa; simplemente, se na limitado a trasladar a los sospechosos. Si ha dado muerte a alguien, era un espía terrestre. Pero si las cosas empeoran, entonces, empezará a cortar cabezas a diestro y siniestro. Es más, incluso yo diría que está deseando que se produzca una sublevación, para desencadenar su represión.

Penrod llenó las copas nuevamente.

—Kalydoro, la próxima nave que aterrizará aquí trae a una muchacha terrestre, supuesta espía —dijo lentamente—. La transbordarán a una nave hiperespacia!, para llevársela a Ophyr. Allí, bien, imagínate lo que harán con ella.

—En ese aspecto, al menos, no puedo hacer nada —contestó Kalydoro sin inmutarse.

—Puedes hacer una cosa —dijo Penrod.

—¿Sí?

—Cerrar los ojos.

Kalydoro vaciló un segundo.

—No me gustan los espías terrestres —dijo al cabo—. Pero tampoco me gustan los espías de Egon —añadió rápidamente.

—Tú sabes muy bien lo que pretende la Tierra. ¿Qué daños puede causar al Gran Khanato? Todo lo contrario; le reportaría enormes beneficios...

—Sí, pero... Está bien, aunque no sea más que por saber que Egon se va a tirar de los pelos, cerraré losojos —decidió Kalydoro rabiosamente—. ¿Cuál es tu plan, capitán Squibbs?

Penrod lo' explicó rápidamente. Kalydoro meditó algunos segundos y, finalmente, dio su consentimiento.

—De acuerdo. Acompáñame hasta la puerta, ¿quieres?

—No faltaría más.

Kalydoro se levantó. Miró al tigre y sonrió.

—Es verdad —dijo—. Nunca hubiera creído una cosa semejante.

—Lucas v yo somos los mejores amigos del mundo. ¿No es cierto, Lucas? —rió Penrod.

—Bueno, amigos... porque no tengo mi pareja... Pero es un buen muchacho, coronel, se lo aseguro —contestó el felino.

Kalydoro se echó a reír también. Luego, los dos hombres se' encaminaron hacia la escotilla. Fuera aguardaba un pelotón de soldados, al mando de un sargento.

—¡Sargento! —ordenó Kalydoro—. Envíe a cuatro de sus hombres: tienen que llevar algo a mi alojamiento.

—Dales una caja —recomendó Penrod.

—Oh, naturalmente, claro que sí —accedió el coronel.

Momentos después, cuatro soldados salían de la nave, cargados con sendas cajas de madera, cada una de las cuales contenía veinticuatro botellas de los mejores vinos y licores terrestres y, por supuesto, todos auténticos, y no sintetizados. Desde la escotilla, Penrod agitó la mano en dirección a Kalydoro, en señal de saludo.

—¡Buen provecho! —gritó.

A su lado, Lucas refunfuñó:

—Esas noventa y seis botellas valen una fortuna. Con la mitad, habría sido más que suficiente...

—Si a Kalydoro le pasa algo, perderá mucho más —contestó Penrod sombríamente, porque no tenía la seguridad plena de que su plan diese el resultado que esperaba.

* * *

La noche había caído sobre el asteroide. Debido a la rapidez de su rotación sobre el eje, era una noche muy corta, menos de cuatro horas. Penrod sabía que debía actuar en aquel espacio de tiempo, y triunfar o considerar perdida a Natalia. Mientras caminaba hacia la nave khanesa, dirigió su mirada hacia el enorme edificio del fuerte, en

donde se hallaba en aquellos momentos Kalydoro con dos comandantes de astronave: la planetaria y la provista de motores hiperespaciales y a la cual debía ser trasbordada Natalia, para su viaje a Ophyr.

El trasbordo no se había producido todavía. Penrod sabía que los secuestradores de Natalia habían cometido un acto ilegal. Aparentemente, -habían hecho un viaje de recreo a Wollyx, pero lo cierto era que, al no resultar de confianza el comandante de Fuerte Saturno, debían realizar aquel trasbordo con la mayor discreción, sin enterarle siquiera de lo ocurrido. Sin duda, pensó, debían de estar aguardando a que Kalydoro estuviese dormido.

Pero ahora, Kalydoro estaba usando pródigamente las botellas que el terrestre le había regalado. Penrod llevaba media docena más en el morral que colgaba de su hombro izquierdo.

La nave hiperespacial estaba en parte al otro lado del enorme edificio del fuerte. En realidad, los centinelas se ocupaban muy poco de las personas que se movían por la superficie. Toda su atención estaba centrada en las pantallas y detectores, cuyas antenas barrían el espacio en centenares de millones de kilómetros a la redonda. El que ponía su pie en Fuerte Saturno ya no era enemigo de cuidado.

Penrod llegó al pie de la nave procedente de Wollyx y golpeó en el casco con los nudillos. A los pocos segundos, se abrió una lucerna y una cara recelosa asomó por el hueco.

—¿Qué sucede, amigo? —preguntó el sujeto.

Penrod sacó una de las botellas.

—Legítimo chianti —anunció—. También tengo jerez, y buen whisky, elaborado «realmente» en Escocia… —Se puso un cigarro entre los dientes—. Pasé por La Habana antes de despegar de la Tierra —añadió, provocativo.

La lengua del soldado asomó y se paseó por los labios.

—Eso cuesta mucho y mi sueldo es bajo…

—Puedo hacerte un descuento. Siempre actúo así; son gastos, digamos de propaganda.

Otro hombre asomó por la lucerna.

—¿Qué quiere este tipo? —preguntó.

—Es un buhonero terrestre —respondió el primero—. Quiere vendernos tabaco y licores de su planeta.

—Más bien obsequiaros. Así hago propaganda de mis artículos —dijo Penrod desenfadadamente—. Tal vez, al próximo viaje, me decida arriesgar un par de millones en un cargamento completo para mi nave en Ophyr.

Los dos soldados se consultaron con la mirada. Al fin, uno de ellos dijo:

—Qué diablos, el comandante está haciendo lo mismo en el alojamiento del coronel Kalydoro.

—Si él disfruta, nosotros también tenemos derecho a la vida —añadió su compañero. Luego miró a Penrod—. Te advierto que hay más gente a bordo. Somos cuatro en total…

Penrod se echó a reír.

—Hay de sobras para los cuatro —dijo alegremente.

* * *

La *Joven Martha* volaba a doscientos cuarenta mil kilómetros por segundo, rumbo a Jaroslav 14. Natalia despertó súbitamente y, durante unos segundos, permaneció aturdida, escuchando el silencio que reinaba a su alrededor.

Poco apoco,fuerecobrandolaconscienciatotal.

Entonces, se sentó en la cama, justo cuando se abría la puerta de su cámara.

—Quieto ahí —chilló, alarmada.

Penrod se mantuvo en el umbral.

—¿Me tienes miedo? —preguntó.

Ella abrió la boca.

—Usted… capitán Squibbs… Ah, se ha puesto de acuerdo con mis secuestradores, ¿verdad?

—Creo que te equivocas —contestó Penrod—. ¡Lucas, ven!

El tigre acudió rápidamente.

—Hola, preciosa —saludó.

Natalia se sentía estupefacta.

—Estoy… a bordo de su nave, capitán…

—Será mejor que me llames por mi nombre —aconsejó Penrod—. ¿Cómo te encuentras?

—Hedormidomucho…

—Lo menos cinco días. Te drogaron en Wollyx. Cuandote rescatéenFuerteSaturno,estabasHechaun trapo. —Merescataste…

—Así como lo oyes. Por cierto, un día pasaré la factura por más de un centenar de botellas y dos cajas de habanos. ¡Caramba, qué cara me estás resultando!

—No entiendo nada —dijo Natalia.

—Pues es bien sencillo. Para sacarte de la nave donde te habían secuestrado, tuve que emborrachar a tus guardianes. El comandante de Fuerte Saturno, coronel Kalydoro, se encargó de los capitanes de las otras dos naves; la que te trajo a Fuerte Saturno y la que iba a llevarte a Ophyr, a la directa presencia del Primer Consejero —dijo Penrod, para asombro de la joven—. Saliste de Wollyx drogada y así hubieras continuado, hasta Ophyr. Entonces, Egon te habría interrogado a su gusto.

Natalia entornó los ojos.

—Si me drogaron en Wollyx, tal vez me hicieron hablar…

—Ah, luego admites que eres una espía —dijo Penrod alegremente —. Bueno, no creo que te sonsacaran, porque, a juzgar por la experiencia, la droga que te propinaron era simplemente narcótica. Y a Egon no le gusta compartir sus secretos con demasiada gente. Tus secuestradores, simplemente, recibieron orden de llevarte «viva» a Ophyr. Lo demás quedaba para el propio Schneutzinger.

—Ahora sí me parece que voy comprendiendo las cosas... De modo que emborrachaste a mis guardianes —dijo ella.

—Bien, aparte del vino y de los licores, había en las botellas un poco de narcótico. No demasiado, Jo justo para que se durmieran al cabo de un rato, sin sospechar lo que sucedía. Alguno podía resultar muy resistente al alcohol, ¿comprendes?

Natalia sonrió.

—Capitán Squibbs, eres un adorable trapacero —dijo. Se palmeó el estómago—. ¿Puedo decir que estoy muerta de hambre?

—Dicho está y yo contesto que tengo la solución preparada, para después de tu aseo personal. En el cuarto de baño tienes ya ropas limpias, Natalia.

—Piensas en todo —dijo ella, admirada.

—Por eso estás aquí —respondió Penrod llanamente.

* **

Una hora más tarde, Natalia compareció en la cámara de mando. Aún estaba muy pálida y sus pómulos aparecían un tanto salientes, debido a la pérdida de peso sufrida durante el tiempo que había estado inconsciente. Pero su aspecto tendía rápidamente a la normalidad.

Penrod estaba sentado en su sillón. Lucas se hallaba tendido en el suelo, de costado, cuan largo era, dormitando apaciblemente.

—Ahí tienes un asiento —dijo él, indicándole el sillón contiguo—. Pronto iniciaremos el salto hiperespacial a Jaroslav14.

—¿Qué velocidad llevamos ahora? —preguntó Natalia.

—Nueve décimas de L. La letra ele significa luz.

—Sí, lo sé.

—Por tanto, volamos ya a doscientos setenta mil kilómetros, ya que, como sabes, la velocidad de la luz es de trescientos mil por

segundo. Bueno, un poquitín menos, pero siempre se emplean cifras redondas. Haremos el salto cuando estemos en noventa y ocho centésimas de L.

—¿Y después?

—Entonces, la velocidad se cuenta por cifras seguidas de dos letras: S. L., que significan Super Luz. Portanto, si el indicador señala 10 S. L. significa que nuestra velocidad es de tres millones de kilómetros por segundo.

—Ahí veo cifras mayores...

—Sí, hasta diez mil. Este es un buen cacharro, aunque lento comparado con los que disponen de los nuevos generadores. Creo que pueden volar a diez millones S. L.

—¡Jesús! —se espantó la muchacha—. Eso significa...

—La derrota total de la velocidad de la luz, el universo sin fronteras —contestó Penrod solemnemente.

—Sí, son naves rápidas —convino ella, repuesta de la impresión—. Pero, dime, ¿qué haremos en Jaroslav 14?

—Está fuera de la línea. Yo comerciaré. Llevo unos pedidos y mercancías propia para vender.

—¿Y yo? No puedo ir por ahí, ofreciéndome por los cafetines...

—Hay un consulado terrestre. Pide que te repatríen.

Natalia se mordió los labios.

—Volveréfracasada —sequejó.

—El fracaso será para el imbécil hijo de la gran puta que te envió a esta misión —dijo Penrod crudamente.

—Por favor, modera tu lenguaje...

—No retiro ni una sola letra, aunque te pido perdón por hablar de ese modo. ¿A quién se le ocurrió semejante mamarrachada? ¿Cuál fue el estúpido que quiso hacer méritos ante el Presidente?

Natalia remoloneó un poco. Luego dijo:

—Fue Morani, el segundo secretario de Inteligencia…

Penrod alzó los ojos al cielo.

—Luego hablarán del maquiavelismo italiano —clamó—. Me gustaría saber dónde se pone Morani cuando tiene que labrar la tierra, si detrás o delante del arado. Es posible que vaya delante —añadió, mordaz.

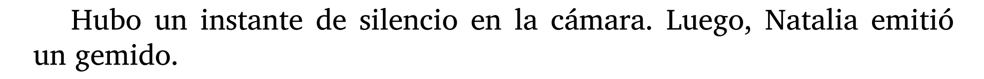
Y no pudo seguir hablando, porque, en el mismo instante, centelleó la lámpara que señalaba una llamada de radio.

Penrod conectó el transmisor.

—Capitán Squibbs, comandante de la *Joven Martha* —dijo—. ¿Quién me llama?

—Soy Errox, capitán de la nave de patrulla móvil número 227, de Ophyr —sonó una voz en la cámara—. Capitán Squibbs, le ordeno detenerse inmediatamente. Lleva a bordo un pasajero ilegal. Debo hacerme cargo de ese pasajero. Eso es todo.

CAPITULOVI



Hubo un instante de silencio en la cámara. Luego, Natalia emitió un gemido.

—Vienen a por mí otra vez —dijo.

—Tranquila —contestó Penrod—. No permitiré que te pase nada. ¿Lucas?

—Dime —habló el tigre, ya alerta.

—Ve al puesto artillero de cola.

—Con mucho gusto.

Lucas se alejó con grandes y elásticos saltos. La voz de Errox sonó de nuevo, colérica e impaciente:

—¡Le he dado una orden, Squibbs! —gritó.

—Capitán Errox, estamos fuera de la línea Schneutzinger. Eso, en primer lugar. En segundo lugar, cuando yo llevo pasajeros, siempre vienen con la documentación en regla. Pero esto importa poco ahora: lo que realmente interesa es que usted carece en absoluto de autoridad para detenerme en un sector del espacio neutral.

—¡Tengo la autoridad de mis cañones de energía! —exclamó Errox orgullosamente.

—Capitán, no me busque las cosquillas. Tengo muy malas pulgas.

—Una nave comercial, desarmada... Es tan inofensiva como una caja de fósforos...

—Si me rasca, saltaré. Dé media vuelta y regrese a Ophyr. Usted no se llevará a nadie que esté a bordo de mi nave, ¿entendido?

—Por última vez, capitán Squibbs. Le doy sesenta segundos de plazo para que cumpla mi orden. Si no lo hace, aténgase a las consecuencias.

—Voy a decirle una cosa, Errox. Si me ataca, le responderé. En cuanto al plazo concedido, le sobran todos los segundos —respondió Penrod firmemente.

Y, al mismo tiempo que hablaba, presionó a fondo una gran tecla roja situada en el cuadro de mandos.

La nave pareció detenerse una millonésima de segundo. Asombrada, Natalia vio alzarse delante de sí, pero fuera del aparato, una especie de velo muy tenue, que suavizaba un tanto elbrillo delas estrellas.

—¿Qué es eso? —preguntó en voz baja.

—Una esfera deflectora —contestó Penrod en el mismo tono—. Estoy consumiendo combustible a chorros... no, en cataratas... Espero tener lo justo para aterrizar en Jaroslav14 —añadió,preocupado.

Las manos de Natalia se crisparon sobre los brazos de su sillón. Lucas llamó desde el lugar en que se encontraba.

—Listo el puesto artillero de cola —informó.

—Van a dispararnos, Lucas —dijo Penrod.

—Peor para ellos —contestó el tigre fríamente.

—Pero ¿cómo puede un tigre...? —Natalia no pudo completar la pregunta, interrumpida bruscamente por la voz de Errox.

—Capitán Squibbs, el plazo ha transcurrido ya —dijo.

—¡Váyase a la...!

—Está bien, usted lo ha querido —tronó Errox—. Artilleros de proa, ¡luego todos los cañones!

Natalia tenía la vista fija en la pantalla que captaba las imágenes de proa. Aterrada, vio media docena de líneas rojas que se dirigían rectamente contra la nave.

—¡Vamos a volar! —chilló.

—Tranquila, nena —sonrió Penrod—. ¿Lucas?

—Las descargas llegan muy lentamente —dijo el tigre—. ¿No puedes intentar mejor una maniobra de evasión?

—Nosotros estamos casi al borde de la velocidad de

la luz y la diferencia entre nuestra velocidad y la de esas descargas,

es mínima —contestó Penrod tranquilamente—. De todas formas, haz fuego apenas se produzca el contacto. —O. K.

Las líneas rojas avanzaban con lo que parecía aterradora lentitud, pero, en realidad, casi a trescientos mil kilómetros por segundo. De súbito, se produjeron seis chispazos, no demasiado violentos.

—La esfera ha resistido —informó Lucas—. Contesto al Juego adversario.

Las líneas blancoazuladas brotaron en el acto de la proa. Pareció como si surgieran repentinamente en toda su extensión, unidas en menos de un segundo a las dos naves. La nave perseguidora desapareció instantáneamente tras un fulgurante estallido de luz, una bola de fuego de la que brotaban rayos de todos los colores.

Las tinieblas volvieron muy pronto. Penrod se relajó en su asiento.

—¡Blanco, capitán...! —anunció Lucas, satisfecho—. ¡Esto es mucho mejor que rasgar yugulares a zarpazos!

Natalia estaba atónita.

—Pero ¿cómo puede un tigre resultar tan buen artillero? —exclamó, incrédula.

Penrod se echó a reír.

—El puesto artillero tiene doble mando: para humanos, y para felinos. Inteligentes éstos, claro —respondió.

—Es una nave comercial. No tienes derecho...

—Poseo licencia para dos puestos artilleros. Hay piratas del espacio —alegó Penrod.

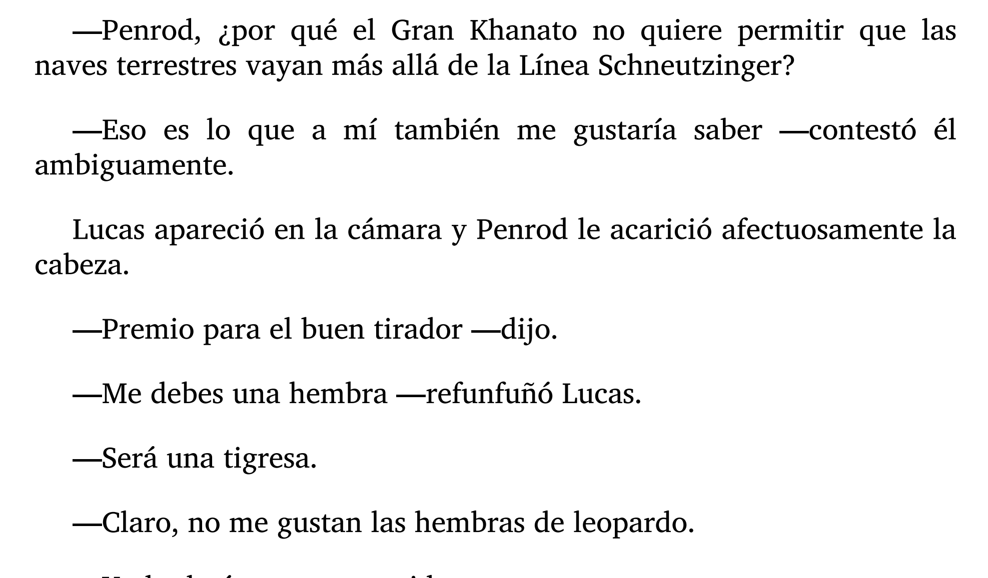
—Es una especie desaparecida...

—Los bandidos no desaparecen jamás y yo debo proteger mis pasajeros y mercancías —contesto él firmemente.

—Tienes respuestapara todo —se lamentó Natalia.

—Menos para los motivos que impulsaron a un cretino a enviarte a una misión en la que podías dejarte el pellejo.

Natalia apretó los labios. Calló unos instantes y luego dijo:



—Penrod, ¿por qué el Gran Khanato no quiere permitir que las naves terrestres vayan más allá de la Línea Schneutzinger?

—Eso es lo que a mí también me gustaría saber —contestó él ambiguamente.

Lucas apareció en la cámara y Penrod le acarició afectuosamente la cabeza.

—Premio para el buen tirador —dijo.

—Me debes una hembra —refunfuñó Lucas.

—Será una tigresa.

—Claro, no me gustan las hembras de leopardo.

—Yo lo decía en otro sentido...

—Ya la amansaré, descuida.

Natalia asistía divertida al diálogo entre el hombre y el felino. De súbito, Penrod anunció:

—Cuidado, estamos ya a noventa y ocho centésimas de L. Vamos a saltar al hiperespacio.

* **

—Ese es el consulado —indicó Penrod—. Entra y relata tus problemas al cónsul. ¿Te hace falta dinero?

—Estoy sin blanca —contestó Natalia, avergonzada—. Lo perdí todo...

Penrod suspiró y sacó del bolsillo un par de billetes aurificados, que puso en las manos de la joven.

—Veinte mil —anunció—. Tienes suficiente para el alojamiento y el pasaje de vuelta. Pero debes hablar con el cónsul.

—Está bien. —Ella le miró con los ojos bajos—. Supongo que no volveremos a vernos más —agregó.

—Mujer, esas cosas no se dicen nunca —contestó Penrod jovialmente—. Soy un buhonero del espacio, viajo aquí y allá… y vuelvo a la Tierra a reponer mis mercancías. Ya nos encontraremos otra vez, descuida.

Natalia sonrió ligeramente. De pronto, se inclinó y rozó con sus labios la mejilla del capitán Squibbs.

—Me has besado en la mejilla tea —dijo él. —Confórmate con lo que te he dado —se despidió ella.

Ydesapareció eneledificio,antecuyafachadaondeaba la bandera de la Tierra, el antiguo pabellónde las Naciones Unidas, a la que se habían agregadoen el ángulo superior izquierdo dos estrellas dé cuatropuntas,amarillayverde,querepresentabanelsueloy las plantas. Penrod contempló un instante la bandera,lanzó un suspiro, se acomodó luego la correa de la bolsaen el hombro izquierdo y agitó la mano para detenerun taxi.

—Amigo, imagino que conoce usted la residencia de Tulia Vargas —dijo, una vez acomodado en el asiento trasero.

—Nadie podría ignorar una dirección semejante —rió el conductor.

Arrellanado en el asiento, Penrod encendió un cigarro. El chófer aspiró el aire con fuerza.

—¿Tabaco terrestre, señor?

—Legítimo de La Habana, amigo.

—Daría mi mano derecha por un puro —suspiró el taxista.

Complaciente, Penrod sacó otro cigarro y se lo alargó al conductor.

—No lo parta, no lo pique; jamás olvidaría una ofensa semejante —dijo.

—Cuando llegue a casa, me encerraré entre cuatro paredes y estaré así hasta que se acabe el cigarro. Gracias, señor… Oiga, ¿va a estar muchos días en Jaroslav?

—Psé… Algunos… ¿Por qué lo pregunta?

—Me llamo Pete Rym. Cuando necesite un taxi, llámeme; acudiré en el acto, esté donde esté, incluso aunque tenga que arrojar al pasajero, si llega uno en ese momento.

Penrod se echó a reír.

—Lo tendré en cuenta, Pete —dijo.

El taxi se movía por repulsión electromagnética, sin ruedas, con una suavidad incomparable. Un cuarto dehora más tarde, se detenía ante un gran edificio, rodeado por una alta tapia. El gran portón de acceso estaba abierto de par en par. Penrod observó la incesante entrada y salida de mercancías, en grandes vehículos de transporte, movidos por la misma energía que el taxi.

—Bien, ya hemos llegado, señor —anunció Rym.

Penrod se apeó. Fue a pagar la carrera, pero Rym extendió la mano negativamente.

—Ni hablar —dijo—. Este habano cubre cien vueltas seguidas alaciudad.

Penrod sellevó un dedo a la sien.

—Encantado de haberle conocido, Pete —se despidió.

Con la bolsa colgada al hombro, se adentró en el enorme patio de carga. Algunos hombres le dirigieron breves miradas, pero, en general, todos continuaban con su tarea. Penrod avanzó unos pasos más y entonces vio a una mujer que, con un tablero en la mano izquierda, con papeles sujetos por una pinza, y un lápiz en la derecha, vigilaba el embarque de unos bultos.

Ella le vio también y sus grandes ojos negros se dilataron enormemente alreconocer al reciénllegado.

—No —dijo a media voz.

—Sí, soy yo, Tulia Vargas —sonrió Penrod.

—El capitán Squibbs… Mercachifle del espacio…

—Comerciante astuto, pero honrado —dijo él, sin dejar de sonreír —. Si puedo ganar diez, no me conformaré con ocho, pero aunque no pueda pasar de esta cifra, mi mercancía será siempre lo mejor de lo mejor. Lo sabes bien,¿verdad?

—Sí, eso es cierto —convino la mujer. Era alta, de recios huesos, grandes pechos y sólidas caderas, pero tenía un extraño atractivo sensual, que rodeaba su figura como un aura difícil de ignorar por los

hombres—. Tengo de todo ahora, Penrod; creo que no podré comprarte nada…

—No he venido a vender, sino a comprar, Tulia.

Ella le miró inquisitivamente.

—¿Qué puedes comprar tú en Jaroslav 14 que no se venda en la Tierra? —quiso saber.

—Combustible pura mi nave. Los tanques están vacíos.

—Yo no vendo combustible. No creo que encuentres quien te ayude, Penrod.

—Tú me ayudarás, Tulia —dijo él, muy seguro.

—¿Cómo lo sabes?

Lentamente, Penrod abrió la bolsa que llevaba al costado y sacó algo, que puso delante de los ojos de la mujer.

—*Chaneln° 5*—anunció.

—Tengo en mi tocador…

—Sintetizado, no auténtico. También traigo jabón español, crema americana… v una esencia persa, que deja el *Chanel* a la altura del betún. Además…

Penrod sacó otra cosa v la hizo oscilar ante los dilatados ojos de Tulia. Ella tomó la gargantilla de perlas con inusitada reverencia.

—¿Auténticas? —dijo, sinatreverse casi a alzar laVOZ

—Pescadas en las costas de Andamán, no cultivadas en el Japón.

Sobrevino un instante de silencio. Luego, Tulia dijo:

—Ven a cenar conmigo esta noche, Penrod.

El capitán Squibbs volvió todo a la bolsa y lo puso en las manos de la mujer.

—Querré algo más que cena —dijo.

Ella asintió maliciosamente.

—Lo tendrás —respondió.

CAPITULOVII

Tulia se levantó de la cama, completamente desnuda, fue a la mesíta que había al otro lado del enorme dormitorio, encendió dos cigarrillos y regresó junto a su huésped.

—Estás mejor desnuda que vestida —dijo Penrod.

—Claro, como toda mujer que no ha pasado aún de los cuarenta...

—No, lo digo porque no sabes cuidar tu indumentaria. La figura, aparte de otras cosas, es muy atractiva, aunque creo te convendría perder algo de peso, de la cintura para abajo.

—No me preocupo de los ropajes —contestó ella despreciativamente.

—Ya sé que sólo te interesa el dinero. Pero nunca está de más cuidar el aspecto personal.

—¿Y tú? —replicó Tulia, echándole el humo a la cara—. ¿Por qué diablos no te has hecho arreglar esa horrible cicatriz?

Penrod hizo un gesto ambiguo.

—Hablemos de otras cosas —propuso.

—Tendrás el combustible —dijo Tulia.

—¿Cuándo?

—Tres días, no puede ser antes. ¿Acaso tienes prisa?

—Oh, no, venderé las mercancías... Puedo esperar perfectamente.

—Penrod, ¿qué te pasó? Tú eres un hombre muy cuidadoso. Nunca sueles permitirte fallos en la nave...

—Tuve que defenderme del ataque de una patrullera khanesa. La esfera de energía deflectora es muy util, pero agota el combustible.

—De modo que te atacaron...

—Sí.

—¿Qué fue de ellos?

—R. I. P.

Tulia silbó.

—Eso puede traerte complicaciones, muchacho —avisó. —Estábamos fuera de la línea. Los khaneses no tienen ahí autoridad alguna.

—De acuerdo, pero sospecho que ya no podrás viajar a Ophyr.

—Viajaré, tengo que hacerlo, Tulia.

—¡Hum! Veo tu pellejo, sujeto a cuatro estacas, puesto a secar al sol. Te aconsejo que no lo hagas, Penrod.

—Gracias, hermosa pero no puedo aceptar ese consejo...

—Está bien, si quieres que te maten, allá tú. Pero, al menos, ¿no puedes explicarme los motivos de tu interés en saber qué se siente cuando a uno le cortan el pescuezo?

—Son dos los motivos —dijo Penrod tranquilamente—. El primero, es averiguar por qué la Begum no quiere que la Tierra traspase la Línea Schneutzinger.

—Eso es algo que no está muy claro, en efecto —convino Tulia—. ¿Y el segundo motivo?

—Quiero saber si el príncipe heredero es mi hijo.

Al oír aquellas palabras, Tulia se puso en pie de un salto. Sus redondos pechos bailaron agitadamente.

—¡Gran Galaxia! —exclamó—. Tyron de York... hijo tuyo...

—No es seguro. Puede que lo sea y también puede suceder que el padre sea otro individuó. Por eso quiero tejarlo en claro de una vez por todas.

—Avra de York no dejará siquiera que te acerques al chico —vaticinó Tulia, a la vez que volvía a sentarse de nuevo en el lecho, junto a su huésped—. Ni lo sueñes.

Penrod dejó el cigarrillo sobre un cenicero próximo. Sonrió.

—Veremos —fue todo lo que dijo.

—Oye, si el niño resultase tuyo, podrías ser Gran Khan consorte...

—No me interesaría. En primer lugar, no soy el esposo legítimo de Avra. Y, en segundo, lo que hubo entre ambos se esfumó por completo.

Tulia avanzó hacia adelante su pecho poderoso, hasta rozar el rostro de Penrod.

—Esto no es humo precisamente —dijo, provoca Uva.

—No, no lo es —convino Penrod, al mismo tiempo que abrazaba a lamujer y tiraba de ella haciasí.

Por la mañana, se quedó en la cama, pereceando, mientras Tulia se iba al trabajo. Era una mujer enérgica, fuerte; podría pasarse una noche entera en la más agitada de las orgías, pero, a las ocho en punto, estabaen supuesto.

—Los negocios no marchan si no los vigila el amo —solía decir. Y, aunque muy bien hubiera podido dedicarse a vivir de sus rentas, Tulia Vargas no era capaz de permanecer en la inactividad más tiempo del estrictamente necesario.

Pasado un buen rato, fue al cuarto de baño. La bañera estaba llena de agua tibia y perfumada. Casi era una piscina, de tres metros de anchura y ocho de largo. Penrod se sumergió en el líquido y nadó durante un cuarto de hora. Luego salió, se situó bajo una falsa catarata de agua helada y, al final, entro en el tubo secador de aire caliente. Cuando terminó, el desayuno estaba ya sobre la mesa. Tulia conocía sus costumbres y había dejado programado el cuarto de baño. En el momento en que empezaba a secarse, entraba una criada con la bandeja del desayuno.

Comió con excelente apetito. Luego buscó el videófono y llamó a Pete Rym. El taxista se presentó a los diez minutos escasamente.

—Tengo necesidad de hacer varias visitas durante el día, Pete —dijo Penrod.

—Todoloqueustedme mande,capitánSquibbs—contestó Rym.

—Ah, me conoce...

—Pregunté su nombre en la puerta del patio de la señora Vargas.

—Comprendo. ¿Qué tal el habano?

—Aún me parece estar soñando, capitán. ¡Madre, qué buentabaco! Creo que,después de esto, ya no voy fumar más en la vida...

Penrod se echó a reír y sacó un paquete de tabaco terrestre, que ofreció al taxista. Luego le indicó la primera de las direcciones.

El resultado de las visitas, todas ellas comerciales, fue altamente satisfactorio. Penrod terminó la jornada, comprando en una carnicería diez kilos de carne de la mejor calidad, que hizo colocar en una bolsa impermeable. Luego dio al chófer la dirección de su nave.

Mientras cubrían la carrera, le preguntó si le importaría llevar un tigre en el asiento posterior, Rym contestó que sería capaz de llevar un nidal de serpientes de cascabel, si el capitán Squibbs se lo ordenaba. Pero se puso pálido al ver que lo del tigre era la más absoluta realidad.

—Pasa, Lucas —indicó Penrod—. Vamos a dar un paseíto por el campo. Tienes que estirar las patas.

—Creí que te habrías olvidado de mí —gruñó el felino.

—He estado ocupado. Pete, ¿Puede llevarnos a algún lugar deshabitado, digamos a unos treinta kilómetros de la capital?

Rym estaba aterrado.

—El tigre... habla... o es el tabaco terrestre el que me provoca alucinaciones...

—Nada de eso, Pete. Lucas es un tigre inteligente. Y muy bien educado. Lucas, te presento a Pete Rym, un buen amigo. Pete, le presento a Lucas.

—¿Qué tal, Pete? —saludó el tigre.

—Ho...la... —dijo Rym con voz trémula. Pero luego reaccionó y llevó a sus pasajeros a un bosque de agradable aspecto, alejado de toda vivienda humana. Una vez allí, Penrod y Lucas se apearon. El tigre empezó a correr alegremente, dando unos saltos de enorme longitud y revolcándose por la hierba de cuando en cuando.

—¡Esto es vida, Penrod! —gritó Lucas en una ocasión—. Estaba harto de pisar solo el suelo de tu asqueroso cascajo...Pero mefalta algo

—se lamentó.

—Ten paciencia. Lo tendrás cuando vayamos a Bengala.

—¿Qué le falta, capitán? —preguntó Rym, que aún no acababa de dar crédito a lo que estaba viendo.

—Una hembra, Pete.

—Ah… Pero ¿es que en la Tierra se fabrican también tigresas inteligentes v dotadas de la facultad de hablar?

—Ya, no. Desgraciadamente, el cirujano que operó a Lucas ha muerto. El pobre tendrá que conformarse con una tigresa fiera y que, además, no podrá hablar.

—Pues, aunque sea fiera, si no habla, algo saldrá ganando —dijo Rym cáusticamente—. Si oyera usted a mi mujer… Menos mal que me paso el día fuera de casa…

Penrod se echó a reír. Al cabo de un buen rato, cansado, pero satisfecho, Lucas volvió junto a los dos hombres. Penrod le dio entonces la carne que había comprado. A Rym se le pusieron los pelos de punta al oír el chasquido de los huesos, rotos por la poderosa dentadura del felino.

—Buena carne, por todos los diablos —comentó Lucas al terminar, entre lametazo y lametazo a las patas delanteras.

Luego regresaron a la nave. Era casi de noche y, tras cerrar convenientemente, Penrod hizo que Pete lo llevase a la residencia de Tulia.

—Tengo noticias para ti y no son buenas —dijo ella, a la vez que le entregaba una copa.

—Suéltalo ya —pidió el capitán Squibbs.

—Schneutzinger está reforzando no sólo las guarniciones de todos los fuertes asteroidales, sino que ha ordenado duplicar las patrullas móviles. No sé a qué puede deberse una actitud semejante. La Tierra no va a atacar, creo yo.

—No hay el menor espíritu belicoso en la Tierra —contestó Penrod, hondamente preocupado por lo que acababa de oír—. Pero, si Egon ha reforzado todas esas barreras por mí, ha perdido el tiempo

miserablemente.

—Como quieras —dijo Tulia con indiferencia—. La decisión es tuya, Penrod.

—Sí, sólo mía —convino el hombre pensativamente. Al cabo de unos segundos, miró a su anfitriona—. ¿Cómo se llama el vendedor de combustible?

Tulia le facilitó el nombre y la dirección. Luego le entregó un papel.

—Tengo nota de unos cargamentos para llevar a Ophyr —dijo—. Te lo pagaré bien; los negocios a un lado y la cama a otro. Y ya me has hecho unos buenos regalos...

—Olvídalo —cortó él—. Pienso viajar de vacío.

—Una nave que viaja de vacío sólo produce gastos —advirtió Tulia.

—He ganado bastante en Jaroslav. Puedo permitirme ese lujo. Oye, este nativo no es tan malo —exclamó Penrod.

—¿Verdad que no? —sonrió ella, halagada—. Aunque proceda de mis viñas, supe conseguir a un enólogo terrestre, de primera. Este es un tinto estilo Beaujolais, de cuarto año. Lo llamo «Castillo Vargas» y ya empiezan a quitármelo de las manos.

—Tulia, en Jaroslav 14 es imposible ver una moneda de centésimo en el suelo, porque ya has pasado tú cuando cae.

—Llevo en la sangre los negocios, no puedo remediarlo. Pero también sé compaginarlos con la distracción... sobre todo, cuando encuentro la pareja adecuada.

—¿Yo? —preguntó Penrod.

—Por ejemplo.

Los tres días que siguieron fueron de frenético trabajo para el capitán de la *Joven Martha,* quien, por propia seguridad, no quiso aceptar la ayuda de ningún operario. Únicamente, y en algunas ocasiones de estricta necesidad, Pete Rym le echaba una mano, aunque su labor era más bien de mensajero y portador de pequeños bultos, que contenían los elementos que el capitán Squibbs necesitaba para su tarea.

Al finalizar el trabajo, Penrod premió la ayuda del taxista con una botella de buen coñac y una caja de habanos. Rym se marchó loco de contento. Luego, Penrod sostuvo una pequeña conferencia con Lucas.

—Voy a correr grandes riesgos —dijo muy seriamente—. No puedo pedirte que vengas conmigo. Yo puedo acabar ante un pelotón de fusilamiento… y tú tienes una magnífica piel. Puedes quedarte en Jaroslav 14; Tulia cuidaría muy bien de ti, hasta mi vuelta… siregreso.

—Necesitas un artillero de cola —contestó Lucas muy seriamente —. Y suceden, o pueden suceder, dos cosas: si volamos con la nave, nadie se quedará con mi piel; y si me matan en Ophyr, después de muerto, mi piel me importa un rábano.

Penrod acarició la cabeza del felino.

—Cuando volvamos a la Tierra, ¡remos inmediatamente a Bengala. Cazaré una hembra para ti y buscaré al mejor cirujano, para que reproduzca en ella el procedimiento del doctor Slovosisk. Y ahora, perdóname, pero tengo que ir al consulado terrestre, a ver qué ha sido de esa espía de guardarropía.

En el consulado le dieron una mala noticia:

—Lo sentimos mucho, capitán, pero la señorita Kowalski ha sido arrestada, bajo la acusación de robo en Ophyr.

—¡Qué! —gritó Penrod—. Pero si ella nunca…

—Fue detenida por la policía jaroslaviana, atendiendo una reclamación de la de Ophyr. Naturalmente, la encerraron en la cárcel de inmediato.

—Iré a verla ahora mismo…

—No se moleste —cortó el vicecónsul, que era quien informaba a su visitante—. Se la han llevado esta misma mañana.

—Pero eso no puede ser; las leyes…

—Capitán, las leyes de Jaroslav 14 y las de Ophyr son bien concretas al respecto. Hay un tratado de extradición entre ambos gobiernos y yo no puedo interferir en la ejecución de dichas leyes. Simplemente, nos limitamos a atender a la señorita Kowalski mientras estaba en la cárcel. Después, se cumplió el mandato de extradición y…

—El día que encuentre a Morani, le voy a pegar una patada en los testículos, que le van a subir hasta las orejas —bramó Penrod—. Espías de pacotilla, detectives de mierda...

—Capitán —se sulfuró el vicecónsul.

—¡Váyase al diablo! —se despidió Penrod.

Era fuerte y lo demostró, derrumbando parte de !a pared del despacho, con el portazo que pegó al salir.

Lucas conoció la noticia muy pronto.

—Esa prójima teva a llevar por la calle de la Amargura —dijo sentenciosamente—. Olvídala, no puede traerte más que desdichas... a menos que te hayas chiflado por ella, claro.

—No estoy chiflado por Natalia, y aunque me duela mucho lo que pueda pasarle, me fastidia muchísimo más lo que se puede echar a perder si Egon consigue hacerla hablar. Y el Primer Consejero es hombre que haría a una piedra recitar entera la *Divina Comedia.*

CAPITULOVIII

La *Joven Marina* volaba raudamente por el espacio, franqueada ya la Línea Schheutzinger, por el hueco situado entre dos asteroides. Penrod tenía la vista fija en el indicador de velocidad, que marcaba seis décimas de la velocidad de la luz. Aún era muy pronto para iniciar el salto al hiperespacio.

Ceñudamente, se preguntó qué habría impulsado a los khaneses para establecer tan formidable linea defensiva, situando fuertes poderosamente artillados en asteroides arrancados de sus órbitas hasta entonces eternas, y colocando tantos como para formar una colosal esfera, de una veintena de años luz, en torno al planeta cuya capital era Ophyr. Se decía Línea Schneutzinger, porque la idea había sido del Primer Consejero, pero, en realidad, era un formidable globo defensivo. Y mientras no se enfundasen los cañones de los fuertes, ni se retirasen las naves de las Patrullas Móviles, la Tierra no podría enviar a sus superastronaves al otro lado.

Una lámpara titiló de pronto en el cuadro de mandos.

—Ya están ahí —dijo Lucas.

—Sí.

—Me voy a mi puesto artillero. No te preocupes por mí;recuerdo muybienel plan de combate.

—De acuerdo.

Penrod aguardó todavía algunos segundos. Luego dio la tecla de contacto.

—Habla el capitán Squibbs, de la *Joven Martha* —dijo.

—Capitán Squibbs, soy el capitán Vreno, comandante de la Décima Patrulla Móvil. Le ordeno seguirnos, en nombre del gobierno del Gran Khanato —sonó una voz en la cámara.

—Lo siento, capitán; no puedo obedecer esa orden —respondió Penrod fríamente.

—Se lo advertiré por última vez. Nosotros tenemos órdenes severísimas sobre usted. Si no atiende nuestras intimaciones, le destruiremos.

—¿De veras, Vreno?

—Sabemos lo que sucedió con la nave del capitán Errox...

—Errox intentó detenerme en una zona neutral. Para mí, no tenía autoridad alguna.

—Eso lo decidirán los jueces de Ophyr, capitán Squibbs.

—Digo lo mismo de esos señores. No tienen facultades para juzgar ningún hecho ocurrido fuera de los límites del Gran Khanato. Soy un comerciante, que se dirige a Ophyr, para tomar nota de ciertos pedidos mercantiles, eso es todo.

—Por última vez, capitán Squibbs...

—He terminado —dijo Penrod fríamente. Inclinándose hacia adelante, cortó la radio en un sentido, dejando abierto, no obstante, el canal de recepción. Acto seguido, conectó la esfera de energía.

—Lucas, ya estamos protegidos —dijo por el inter-fono.

—Lo he notado, capitán —respondió el felino—. Mis cañonesestánlistos.

—Pero almínimo, como acordamos.

—Sí, señor.

Una voz entró repentinamente en la cabina:

—Naves de patrulla, sitúense todas en la posición ordenada. Abran fuego sin esperar más órdenes —dijo Vreno.

Penrod elevó la vista. De xa altura bajó un rayo de luz roja, que se convirtió en un deslumbrador fogonazo al chocar contra la protectora esfera de energía. Otradescarga llegó desde el costado de estribor y fue destruida inmediatamente.

—Penrod, tengo una nave en la mira —gritó Lucas—. Eh, tú, hijo de puta, ahí va eso.

Los cañones de popa hicieron fuego, pero sus rayas blancoazuladas se convirtieron en unas enormes bolas blancas, al estallar inofensivamente a buena distancia de la proa de la nave atacante. Su piloto, sin embargo, asustado, zigzagueó furiosamente, para evitar el impacto quecreíairremediable.

Penrod se echó a reír. Aquel violento viraje dejaría sin sentido a todos los tripulantes de la nave atacante. Aunque sobrevivirían, ya estaban fuera de combate. Menos impactos, por tanto, debería soportar la esfera de energía.

Pero las restantes naves, cinco en total, continuaban revoloteando en torno a la *Joven Martha* como tábanos furiosos, descargando coléricas ráfagas, que se convertían en fugaces estallidos de luz casi de inmediato. A través de la radio llegaban las rabiosas voces de los pilotos y artilleros:

—Ese bastardo resiste...

—¡Sigue, disparamás, cabrón!

—¡Dale, dale a ese hijo de puta!

—Aplástale los...

—Fuego, imbécil, fuego; sus generadores no pueden resistir ya mucho más; están absorbiendo combustible a toneladas por segundo...

—¡Maldición, se recalienta el cañón de proa!

—Sitúate por encima de él y dispara con el ventral, idiota.

La vista de Penrod seguía fija en el indicador de velocidad, mientras su mano derecha movía lentamente la palanca aceleradora. De pronto, con voz muy suave, dijo:

—Estamos llegando a noventa y siete, Lucas. ¿Preparado?

—Sí, señor —contestó el artillero con figura de tigre.

Ahora, el indicador señalaba milésimas. Novecientas setenta y cinco, cuatro, tres, dos...

—¡Ahora, Lucas! —gritó Penrod.

La zarpa derecha de Lucas se elevó y apretó un ancho botón situado casi sobre su cabeza. Una fracción de segundo después, la *Joven Martha* se adentró en el hiperespacio.

En el espacio normal, los pilotos de las patrullas khanesas vieron una masa metálica plateada y dispararon una nueva andanada. Entonces, se produjo un fenomenal estallido multicolor. El capitán Vreno exhaló un suspiro de alivio.

—Misión cumplida —anunció a través de la radio—. Una hora de relajación; después, emprenderemos el vuelo de regreso.

—Sí, señor —contestaron sucesivamente todos los comandantes de astronave.

Había resultado un servicio satisfactorio, pensó Vreno. La hora de relajación que concedía a sus tripulantes era algo absolutamente imprescindible, después de la tensión del combate. El terrestre, se dijo Vreno, ya no llegaría a Ophyr.

* * *

La *Joven Martha* se materializó súbitamente, a menos de doscientos metros de un asteroide que tenía unos cincuenta kilómetros de largo, por cuarenta de ancho y quince de grueso, y que orbitaba inmutablemente en torno al planeta. Al ver la arrugada superficie de aquel ladrillo espacial, Penrod lanzó un ruidoso grito de alegría :

—¡Lo he conseguido!

—Si fuese humano, estaría pálido —dijo Lucas— Nunca habías hecho una cosa semejante, salir al espacio normal a menos de doscientos metros de un cuerpo celeste.

—Era preciso arriesgarse —contestó Penrod—. El asteroide ocultará la nave a la detección del suelo.

Maniobró con los controles *y* la *Joven Martha* tomó tierra. Penrod largó las anclas electromagnéticas que la sujetarían a aquel asteroide, en donde la gravedad era prácticamente nula. Al terminar la operación, se puso en pie.

—Lucas, siento decírtelo, pero tienes que quedarte en la nave.

—Déjame agua y comida, será suficiente. Tengo buenos programas en el video y así pasaré mejor el rato.

—Gracias.¿Quéocurriríasinovolviese?

—Haría funcionar la llamada de socorro. Alguien vendría a buscarme y yo diría que pertenezco a la Begum.Ono.

Las dos últimas palabras eran harto significativas. Lucas estaba a su lado, por afecto. Toleraría muy difícilmente la cautividad, si decidía sobrevivir. Sabía cómo hacer volar la nave, en caso extremo.

—Las cosas no se pondrán tan mal —dijo Penrod, mientras se marchaba en dirección a la esclusa que le situaría en uno de los botes salvavidas.

—Hay patrullas subatmosféricas —advirtió Lucas.

—Lo sé. El bote está pintado adecuadamente, no te preocupes.

Penrod acarició cariñosamente la cabeza deltigre.

—Iremos a Bengala, te lo aseguro —se despidió.

Minutos más tarde, un yate espacial se despegaba del asteroide. Tranquilamente, haciéndose pasar por un ocioso paseante del espacio, Penrod descendió hacia el planeta y tomó tierra en un aparcamiento público sin el menor contratiempo.

***

—Le digo a usted que no creo que esa joven sea una espía.

—Alteza, si me he equivocado, pronto saldremos de dudas.

—Y ella quedará hecha un pingajo...

—Nuestro mejores médicos cuidarán de restablecerle por completo la salud.

—Eso nunca se consigue del todo. Cuando a una persona se le aplica determinado tratamiento, jamás vuelve a ser ya la misma. Sencillamente, no me gusta loque está haciendo.

—La prisionera no tardará en confesar, Alteza.

—Bien, supongámoslo... mejor dicho, admitamos que es una espía. ¿Qué sacará usted con todo eso? Una confesión de culpabilidad y luego... ¿una sentencia de muerte?

Egon Schneutzinger, Primer Consejero del Gran Khanato, demoró la

respuesta un segundo. Era un hombre de elevada estatura, ojos tan azules que casi parecían carecer de pupilas y cabeza cuadrada. Por su ascendencia, sentíase plenamente teutónico y, tal vez por ello, le gustaba llevar el pelo corto a cepillo. Frente a Schneutzinger se hallaba la Begum Avra de York, majestuosamente hermosa a sus treinta y dos años, de largos cabellos leonados y silueta de diosa. Los ojos de Avra, en contraposición con los de su Primer Consejero, eran intensamente negros, grandes, rasgados. Sobre su pecho de firmes curvas descansaba el grueso medallón de oro y rubíes, con el sello de la Regencia, que ostentaría hasta la mayoría de edad del príncipe heredero, Tyron de York, fecha en que pasaría a titularse legítimamente Gran Khan de Ophyr y su sistema estelar.

—En la Tierra aprenderían mucho, Alteza —contestó Schneutzinger al cabo.

—Lo dudo mucho —replicó ella fríamente—. Sienten un interés tremendo por pasar al otro lado, y no cejarán hasta conseguir averiguar las causas por las cuales mantenemos esa prohibición que, dicho sea de paso, yo tampoco he alcanzado a comprender del todo.

—He explicado a su Alteza infinidad de veces...

—Nunca me han convencido tales explicaciones, Consejero —le interrumpió ella fríamente—. Sin embargo, las he dado por buenas, aunque estoy empezando a pensar en la conveniencia de una ampliación de motivos.

—Lo haré cuando lo ordene su Alteza... —replicó Schneutzinger confingida humildad.

—Quizá se lo pida muy pronto, Consejero. Y, a propósito, ¿cómo ha conseguido traer aquí a la espía?

—Había cometido un robo y solicitamos la extradición...

Avra se pusolívida de furia.

—En la Tierra no se tragarán ese cuento —exclamó, colérica—. ¿Tiene ganas de que nos declaren la guerra?

—No se arriesgarán...

—Señor Schneutzinger... —Avra se mordió los labios, pensando que tal vez iba demasiado lejos. No, no le convenía la vehemencia. Debía ser más prudente, se aconsejó a sí misma. Hizo un esfuerzo y sonrió—.

Está bien, téngame informada en todo momento de los resultados del interrogatorio.

ElPrimer Consejero seinclinó.

—Asísehará,Alteza —aseguró.

Avra se alejó. Schneutzinger la miró con ojos de furia, hirviendo de celos al mismo tiempo. Nada le habría gustado más que convertirse en el esposo de aquella hermosa mujer. O en el amante, tanto daba; lo único que quería era compartir la cama con ella… y si llegaba a conseguirlo algún día, la tendría en un puño… y teniéndola a ella, el Gran Khanato sería suyo. Por ahora, se sentía muy firme, pero siempre estaba corriendo el riesgo de que lo depusieran de su cargo. La gente que estaba de su parte no era aún lo suficientemente numerosa como para intentar un asalto al poder. Debía ser más cauto, más paciente… pero la espera duraba ya demasiado tiempo y la Tierra presionaba duramente. Si su estrategia fallaba, podría dar por acabada su carrera política.

Y esto era algo en lo que no quería pensar siquiera. Imaginarse que un día podía verse convertido en un ciudadano común le ponía fuera de sí, más aún que los desdenes de la orgullosa Begum Avra de York.

CAPITULOIX

Profundamente preocupada, Avra entró en su dormitorio y cambió la ropa de ceremonia por una bata. Se cepilló un poco el pelo y entonces fue cuando llegaron a sus oídos sonidos de risas infantiles.

Tyron, su hijo, parecía divertirse mucho con algo. Intrigada, Avra se puso en pie y abrió la segunda puerta que comunicaba el dormitorio con la primera antecámara.

Un espectáculo singular se ofreció ante sus ojos. Arrodillados en el suelo, estaban Tyron y un hombre, junto a una cosa que se movía sobre unos raíles en trazado de óvalo, con algunas ramificaciones. El niño parecía tremendamente divertido y palmoteaba alegremente con el juguete que contemplaba por primera vez en su vida.

De pronto, Tyron se dio cuenta de que había alguien más en la sala y lanzó un agudo grito de placer:

—¡Mamá, mamá, mira lo que me ha traído el capitán Squibbs de la Tierra! Dice que es un tren, como los que circulaban hace cuatro siglos... Fantástico, ¿no?

Avra se quedó estupefacta. El hombre se había puesto en pie y la miraba sonriendo.

—Alteza —saludó, cortés.

A la Begum no le salían las palabras de la boca.

—Pero... ¿cómo...? ¿Cómo te las has arreglado para entrar...?

—Mamá, ¿es que conoces ai capitán Squibbs? —preguntó el niño.

—Sí, hijito —contestó el aludido—. Precisamente por eso, te he traído el tren eléctrico. Sigue jugando, anda; tu mamá y yo tenemos que hablar de negocios. Si es que me acepta la conversación, Alteza.

Avra movió una mano.

—Allí —indicó un rincón de la espaciosa cámara.

—Muy bien. Sigue, sigue, Tyron.

—Sí, capitán... ¡Qué cosa tan maravillosa! —exclamó el niño entusiasmado.

Avra y Penrod se alejaron hasta el rincón opuesto, junto a una de las ventanas, desde la que se podía apreciar el esplendoroso paisaje urbano de la capital del planeta. Al fondo, se divisaban las cumbres nevadas de la Cordillera Mayor.

—Habla —pidió ella—. ¿A qué has venido, Penrod? Faltas de Ophyr hace más de siete años y ahora se te ocurrevolver…

—Como agente del gobierno terrestre —declaró él sin pestañear—. Ya sé que tu Primer Consejero fríe vivos a los espías de mi planeta, pero el único que podía llegar hasta ti era yo.

—Sí, has llegado, pero ¿cómo? La servidumbre es fiel, no se soborna fácilmente…

Penrod se echó a reír.

—No se soborna fácilmente con dinero, pero sí con cajas de habanos para los hombres y frascos de perfume para las mujeres. Aquí, en Ophyr, se imitan muy bien ambos productos, pero no hay nada como lo auténtico —contestó Penrod desenfadadamente.

—Y¿qué es lo que deseas de mí?

—Conocer los motivos por los cuales las naves de la Tierra no pueden franquear la Línea Schneutzinger, así de sencillo.

—Ni yo misma lo sé con exactitud. Egon se muestra siempre evasivo. Habla de los dioses de las profundidades del espacio…

—¡Absurdo! Hoy día no hay quien crea en semejantes supersticiones —exclamó Penrod—. Aunque conozco la leyenda de los doscientos mil demonios que acechan a todo el que se atreva a ir más allá de Ophyr, por supuesto. Pero, sin duda, Egon tiene otros motivos.

—En todo caso, no los ha expresado.

—Y tú acatas su voluntad…

—Sólo soy la regente. Mi esposo falleció, bien lo sabes.

—Sería curioso averiguar si su muerte fue debido a enfermedad o lo envenenaron porque se mostraba dispuesto a negociar el tratado con la Tierra.

—Los médicos dictaminaron…

—Sé perfectamente lo que dijeron entonces. Yo vivía aquí entonces y en aquella época, Egon era el hombre de confianza del anterior Primer Consejero, también fallecido un par de años después, para dejar el cargo vacante en favor de nuestro hombre. El fallecido Primer Consejero también se inclinaba a la negociación, aunque trataba el asunto con gran cautela. Después, las cosas se han endurecido, Egon creó su famosa Línea... y cada vez que la Tierra envía un agente, se hace una pantalla con su pellejo.

—Según la ley, no puedo hacer nada, Sólo Tyron, cuando llegue a la mayoría de edad...

—Si llega.

Avra se puso pálida.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—Egon está reforzando constantemente sus posiciones. Un día, el niño sufrirá un terrible accidente. Y tú, te guste o no, serás su esposa, con lo que él se convertirá en Gran Khan.

—No lo creo...

—A menos que se logre evitar, así sucederá —profetizó él con firme acento.

—Puedo seguir su política, porque así lo disponen las leyes. Pero no existe ninguna ley que me obligue a ser su esposa —declaró Avra orgullosamente.

—Será mejor que no te veas en el caso de tener que afrontar esa situación, porque perderás.

—Tú estás arriesgando el pellejo...

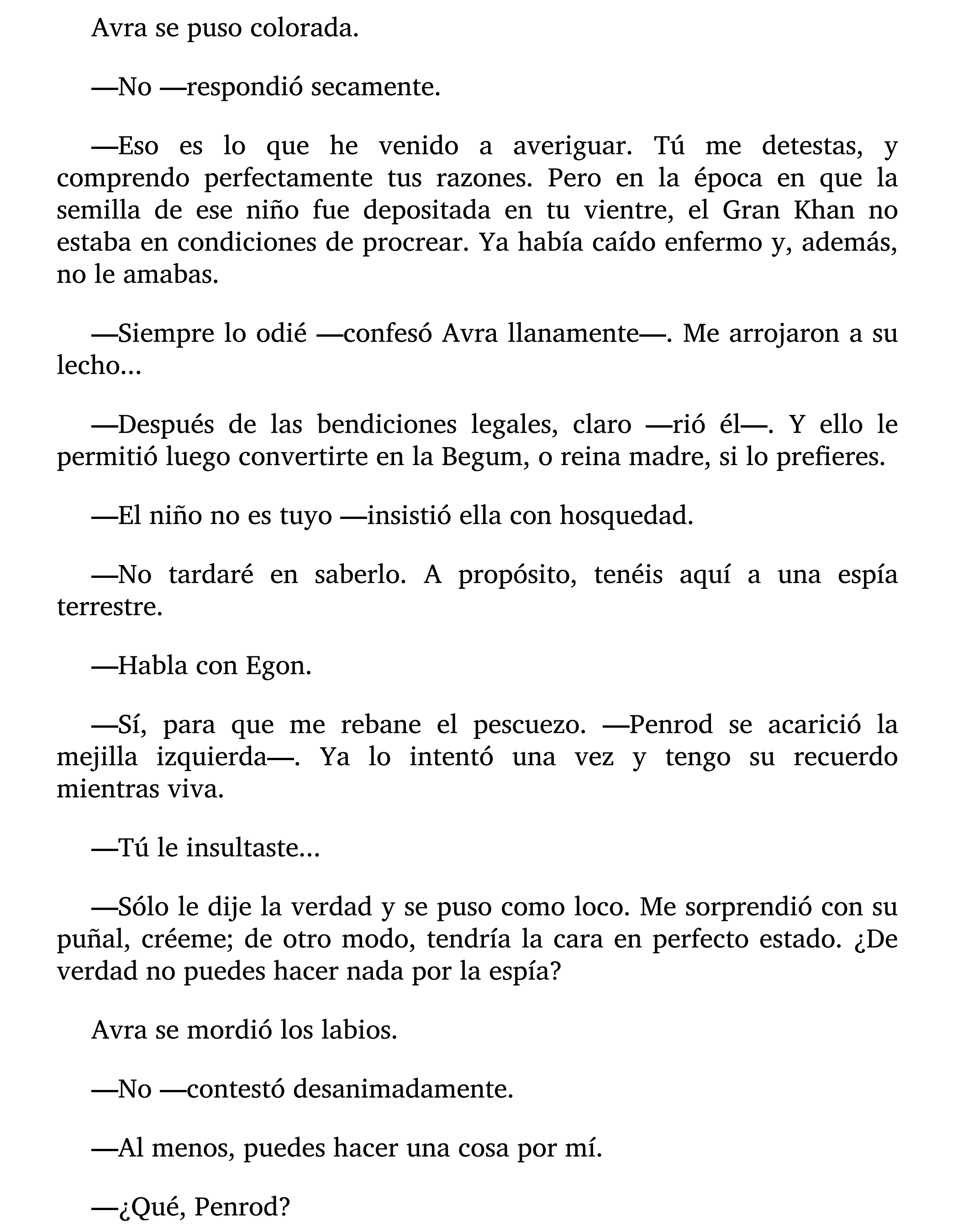
Penrod se echó a reír.

—Sabré conservarlo, no te apures —contestó—. Pero los asuntos pueden sufrir variación, según las circunstancias. Quiero decir, mi actuación.

—No entiendo.

Penrod movió la cabeza en dirección al niño.

—¿Es mío?



Avra se puso colorada.

—No —respondió secamente.

—Eso es lo que he venido a averiguar. Tú me detestas, y comprendo perfectamente tus razones. Pero en la época en que la semilla de ese niño fue depositada en tu vientre, el Gran Khan no estaba en condiciones de procrear. Ya había caído enfermo y, además, no le amabas.

—Siempre lo odié —confesó Avra llanamente—. Me arrojaron a su lecho...

—Después de las bendiciones legales, claro —rió él—. Y ello le permitió luego convertirte en la Begum, o reina madre, si lo prefieres.

—El niño no es tuyo —insistió ella con hosquedad.

—No tardaré en saberlo. A propósito, tenéis aquí a una espía terrestre.

—Habla con Egon.

—Sí, para que me rebane el pescuezo. —Penrod se acarició la mejilla izquierda—. Ya lo intentó una vez y tengo su recuerdo mientras viva.

—Tú le insultaste...

—Sólo le dije la verdad y se puso como loco. Me sorprendió con su puñal, créeme; de otro modo, tendría la cara en perfecto estado. ¿De verdad no puedes hacer nada por la espía?

Avra se mordió los labios.

—No —contestó desanimadamente.

—Al menos, puedes hacer una cosa por mí.

—¿Qué, Penrod?

—Averigua dónde la tienen encerrada. Volveré a verte dentro de veinticuatro horas.

70-

—Lo intentaré...

—Consíguelo —dijo Penrod duramente.

Y, en aquel momento, sonó un grito de dolor.

—¡Mamá, me he pinchado!

Penrod salvó la distancia que le separaba del niño en cuatro zancadas y, pañuelo en mano, se arrodilló junto a él. Tyron le enseñaba la yema del índice, en la que se veía una gotita de sangre.

—Vamos, vamos, no es nada —dijo afectuosamente—. Tú eres un chico valiente y no debes quejarte por una minucia... Vamos a ver, ¿con qué te has pinchado? Ah, con este saliente... Pues lo quito y ya está... ¡Diablos, qué torpe soy; yo también me he pinchado...!

El pañuelo cubrió ahora el índice de Penrod. Dos manchitas rojas, circulares, aparecieron en el blanco tejido, separadas por unos centímetros.

—Bueno, ya está —dijo al cabo de unos minutos—. Ya no te pincharás más... Sigue, sigue jugando, Tyron...

Penrodselevantósonriendo,

—¿Harás lo que te he pedido?

Avra hizo un signo afirmativo.

—Desde luego. Pero ¿cómo saldrás de aquí...? Ya veo que has conseguido un uniforme de servidor de palacio, peroesa cara...

El capitán Squibbs se echó a reír.

—En seguida lo verás. Tyron, vendré mañana —se despidió del niño.

—Sí, señor.

Penrod y Avra caminaron hacia la puerta de la antecámara. Una vez allí, y de espaldas al chiquillo, él sacó algo de su bolsillo. Era una máscara, de tejido muy flexible, que se puso en la cara. Ahora su apariencia era mucho más juvenil y agradable.

—Eres muy astuto —dijo ella.

—Por eso sigo con vida. A propósito, si no soy yo, ¿quién es el padre de Tyron?

Avra sonrió, a la vez que movía la cabeza negativamente.

—Está bien —suspiró Penrod—. De todos modos, lacara de Tyron me recuerda la de alguien... claro que pueden ser sólo figuraciones mías...

—¡Espera un momento! —pidió Avra—. Has repartido cigarros y perfumes... ¿y no me has traído a mí siquiera un pomito de esencia?

—¿Qué pasaría si Egon oliese el perfume terrestre durante una de las entrevistas de gobierno que mantienes con él?

—Tienesrazón —admitió ella—. No puede ser.

—Pronto podrás bañarte en *Chanel n.° 5* —vaticinó Penrod.

Al quedarse sola, Avra se apoyó en la pared, sonriendo levemente. Si Penrod conseguía sus propósitos...

Pensó en otro hombre, actualmente fuera del planeta, poco menos que desterrado por el ambicioso Primer Consejero. Ella no había podido evitar el alejamiento. Si pudiera destituir a Egon... Lo malo era, se dijo, que no encontraba el menor motivo político para la destitución. Egon era terriblemente astuto y no daba un paso que estuviese fuera de la ley. ¿Lo conseguiría Penrod?

Una hora más tarde, Penrod Squibbs, todavía con la máscara sobre su rostro, entregaba el pañuelo a un individuo.

—Análisis de sangre, con vistas a un posible parentesco —indicó.

El doctor Fordan tomó el pañuelo.

—Tengo trabajo...

Penrod sacó una caja de habanos.

—Deje el trabajo a un lado. Vendré mañana a buscar el resultado del análisis. Ah —advirtió—, la mancha más pequeña procede del niño, doctor Fordan. No pregunte de quién es la otra.

Elanalista sonrió.

—Siempre soy discreto con mis clientes, señor...

—Señor Habano —dijo Penrod.

—Sí, señor Habano.

A continuación, Penrod dio media vuelta y se encaminó en busca de un alojamiento. La policía secreta deEgon no le buscaría; lo creían muerto. Ahora tendría que pensar en la forma mejor de sacar a Natalia de suapuro.

Y cuando terminase todo, con éxito o derrota, volvería a la Tierra y aplastaría la nariz de Morani de un buenpuñetazo, se prometió así mismo.

* **

Penrod leyó el informe, lo dobló y lo guardó en uno de sus bolsillos. Luego, para que el analista pudiera justificar sus ingresos en debida forma, pagó el importe del trabajo. Al salir, Penrod se preguntó quién diablos podía ser el padre del príncipe heredero.

Al atardecer, estaba de nuevo en las habitaciones privadas de Avra. Tuvo que esconderse en un armario, porque Avra llegó acompañada del primer Consejero.

—La espía no ha hablado. Alteza —dijo Schneutzinger—. Talvez acondicionaron su mente...

—Quizá daría mejor resultado otro género de interrogatorio —apuntó ella—. Una mujer siempre se entiende mejor con otra mujer, ¿no cree?

—Si su Alteza lo desea... Yo la acompañaré hasta la celda...

—No, dígame mejor dónde está. Es preferible que la espía me vea llegar sola.

—Muy bien, Alteza. Está en el cuarto sótano, número dos.

—Gracias,Consejero.

Egon dio un paso hacia adelante, pero ella se retiró vivamente. Los ojos de Schneutzinger brillaron de un modo peculiar. Comprendía el sentido de aquel gesto. Avra seguía rechazándole.

—¿Puedo preguntar a su Alteza cuándo piensa interrogar a la

espía? —dijo.

—Mañana, quizá. Hoy no me encuentro con humor. Prefiero ir bien descansada a la entrevista.

—Perfectamente. Buenas tardes, Alteza...

Avra quedó sola. De pronto, oyó una voz en la puerta de su dormitorio.

—Lo has hecho muy bien.

Ella se volvió en el acto.

—Ah, estabas ahí...

—Sí, tuve que esconderme en un armario. Por fortuna, he podido escucharlo todo sin dificultades.

—La espía se niega a hablar.

—Me parece magnífico, aunque, en confianza, defiende a quien no lo merece.

—Lo mismo que tú, Penrod.

—No. Ella defiende a un tipo que no vale en absoluto ese sacrificio.

—Y tú a un planeta agresivamente imperialista...

—Estás equivocada. La Tierra quiere únicamente pasar al otro lado, no pretende avasallar a este sistema ni convertirlo en una colonia estelar. Es más, compartiría con vosotros los beneficios que pudiera proporcionar la exploración del espacio que hay al otro lado. Se redactaría un tratado en debida forma, en igualdad de condiciones y con las solemnidades adecuadas al caso... pero lo que el gobierno terrestre no quiere es tratar con alguien que no le merece confianza. No hay pruebas, pero se tiene el convencimiento absoluto de que Egon hizo asesinar a tu marido y al anterior primer Consejero. Un hombre de esa calaña podría, incluso firmando el pacto, poner luego demasiados obstáculos en su cumplimiento'. ¿Lo entiendes ahora?

—Yo no puedo destituirlo...

—Lo sé. Y ya encontraré el medio de quitarlo del juego. A propósito, dijiste la verdad. Tyron no es mi hijo.

—No te mentí —contestó ella muy sofocada—. Pero ¿cómo lo has comprobado?

Penrod le entregó el pañuelo, en el que faltaban dos trocitos circulares de un centímetro de diámetro. Avra comprendió y se echó a reír.

—Astuto comounzorro —calificó.

—Pero no lo suficientepara haber conquistado tu corazón —dijo él.

—Eso no.Lo nuestro fue atracción momentánea algo que me saco de la situación depresiva en que había caído. Luegoencontré al hombre de mi vida

—Pero no está aquí.

Avra suspiró.

—No —admitió.

—¿Por causa de Egon?

Ella hizo un gesto afirmativo. Penrod palmeó suavemente su antebrazo.

—Conseguiré que vuelva a tu lado —se despidió

CAPITULOX



El soldado llegó con paso calmoso frente a la puerta de la celda y se situó frente al centinela a quien debía relevar.

—Puedes irte —dijo.

—Eres nuevo, ¿verdad? —murmuró el centinela relevado.

—Aquí, sí. —Con toda tranquilidad, Penrod sacó un cigarro, mordió la punta y escupió a su lado, mientras el otro ponía los ojos como platos—. Bueno, ¿qué estás haciendo?

—Ove, ese cigarro...

—Ah, tengo un amigo que ha venido de la Tierra. Me dio unos cuantos. Allí sí que hacen tabaco como Dios manda, muchacho.

La lengua del soldado asomó a través de los labios.

—Por todos los dioses del otro lado... Daría un brazo por uno de esos cigarros...

Penrod le miró críticamente.

—No me gusta que los amigos se mutilen —dijo. Sacó otro habano y se lo entregó al nativo—. Anda, fúmatelo a mi salud.

—Si me ven los otros, rae despellejarán...

—Ya he estado en el cuerpo de guardia, no te preocupes.

—Gracias, muchacho.

El centinela echó a correr. Al llegar al cuerpo de guardia, vio a media docena deindividuos,fumandocomo desesperados y se unió al grupo sin pérdida de tiempo.

Penrod aguardó diez minutos. Luego se volvió y abrió la puerta.

Natalia dormía apaciblemente. Se acercó a ella y la tocó en un hombro. Ella se agitó y, sin abrir los ojos, exclamó temerosamente:

—No sé nada, no sé nada...

—Calma, calma... Nadie te pide que digas lo que no debes. Procura

calmarte, ¿quieres?

A través de las brumas que envolvían su cerebro, Natalia reconoció la voz.

—Oh, Penrod... Esto me parece un sueño... —Abrió los ojos y quiso levantarse, pero estaba muy débil y le fallaron las fuerzas—. No puedo moverme...

—Descuida, dentro de cinco minutos estarás como nueva.

Penrod metió la mano en uno de sus bolsillos y sacó un frasquito de forma tubular, cuyo tapón quitó con gran cuidado. Luego pasó una mano debajo de la cabeza de la muchacha y la alzó, para que pudiera ingerir sin dificultad el contenido del frasco.

—¿Qué es? —preguntó ella, al terminar de beber.

—Un reconstituyente psicoenergético. Borra de la mente todos los efectos de las drogas narcóticas que te han propinado estos días y, al mismo tiempo, proporciona energías al organismo. Antes de diez minutos estaráscomo nueva

—Pero... no podremos salir de aquí... Los soldados...

—No nos cerrarán el paso.

—Hay... un centinela en el exterior...

—Tampoco nospondrá obstáculos.

Natalia sonrió.

—Me heportado como unatonta, ¿verdad?

—Te has portado exactamente como alguien quiso —dijo él.

—No entiendo...

—Lo sabrás en su momento. Por ahora, es mejor que permanezcas en la ignorancia.

Penrod consultó su reloj. Pasados los diez minutos, se puso en pie y hurgó en el interior de su uniforme. Atónita, la joven se dio cuenta de que él le ponía una peluca, con máscara. Luego se levantó, ayudada por el falso soldado.

—Vamos —dijo Penrod.

Abandonaron el calabozo. Al pasar por delante del cuerpo de guardia, Penrod vio que todos los soldados estaban profundamente dormidos.

—Lástima —dijo entre dientes—. Estropear tantos magníficos habanoscon narcótico...

Siguieron andando. Un poco más adelante, Penrod se detuvo en un lugar donde había una docena de armarios. Abrió uno y sacó un largo manto negro, que colocó sobre los hombros de la joven.

—Ahora eres la Begum —dijo—. Pórtate como ella, autoritaria y altiva.

—Sí, Penrod. Pero el centinela...

—Fue relevado después de que yo relevase al que estaba delante de tu puerta. Por tanto, ignora si la Begum entró a interrogarte.

—Ojalá sea como dices —suspiró ella .

—Cuando salgamos, haz lo que dices. Ah, soy el sargento Digguth, ¿estamos?

—Sí.

Momentos después, llegaban a la puerta. El centinela del exterior se sintió estupefacto al reconocer a la Begum.

—Alteza... ignoraba que estuviese aquí...

—Vine a interrogar personalmente a la prisionera —contestó Natalia—. Su compañero no le dijo nada, por orden mía. Es una entrevista que debe permanecer en secreto, quiero decir que sólo lo saben ustedes dos. Y el sargento Digguth, por supuesto.

—Sí,Alteza.

—Será recompensado por su discreción —prometió la joven—. ¿Sargento?

—A sus órdenes. Alteza —contestó Penrod rígidamente.

La pareja se alejó con paso rápido. Natalia respiró hondamente al saberse en seguridad.

—Quítate la máscara —ordenó él—. Podría verte alguien y recelar. Y no temas por enseñar tu rostro verdadero; hay muy pocas personas que conocen tu presencia en Ophyr y, a estas horas, no están precisamente en la calle.

Nataliaobedeció,aunque pusounaobjeción:

—Pero tú conservas la tuya…

—Tengo algo que ocultar —respondió Penrod lacónicamente.

Ella ya no quiso insistir. Sabía que el capitán Squibbs lallevabaalugarseguroyerasuficiente.

Al cabo de unos minutos, quiso saber algo y se lo dijo a su acompañante. Penrod le dio la respuesta:

—La superstición sobre el sector de espacio prácticamente vacío que hay al otro lado de este sistema y de sus doscientos mil dioses infernales es sólo el pretexto. La realidad es que la Tierra no puede pasar al otro lado, debido, precisamente, a las peculiares características del entorno de Ophyr. Es una zona terriblemente turbulenta, donde constantemente se desarrollan tempestades magnéticas de indescriptible violencia. Una astronave, por muy poderosa que sea, y las nuevas lo serán infinitamente más que las actuales, sería destruida fácilmente por una de esas tormentas.

»E1 sector tranquilo está precisamente en Ophyr; por eso se desarrolló aquí una civilización floreciente, aunque supersticiosa. Por tanto, la escala es necesaria para las naves, y no sólo por las tormentas, sino porque los nuevos generadores si, ciertamente, proporcionan un impulso infinitamente superior al conocido hasta ahora, también es cierto que necesitan más combustible. Por tanto, es preciso construir una estación de abastecimiento… y eso no puede ser mientras los khaneses se opongan.

—Querrás decir Schneutzinger.

—Llámalo como gustes, pero las cosas están así.

—Y no hay modo de solucionarlo.

—Costará un poco. Todo depende de…

—¿De qué?

—Lo sabrás dentro de unos minutos.

Siguieron su camino. Un cuarto de hora más tarde, Penrod avistó su yate.

—Bueno, ya hemosllegado. Ahora veremossi…

—Dudo mucho de que vean algo, capitán Squibbs —sonó de pronto la inconfundible voz del primer consejero Egon Schneutzinger.

* **

Natalia lanzó una exclamación de terror al oír aquellas palabras. Por su parte, Penrod permaneció inmóvil.

—Le felicito, capitán —dijo Scheneutzinger, saliendo del otro lado del astroyate—. Pensé que se resistiría; mis hombres tenían orden de carbonizarlo si intentaba hacer un gesto sospechoso.

—No pienso darle motivo para que me abrasen con una descarga, Consejero —respondió Penrod serenamente—. Se enteró de que seguía con vida, ¿eh?

—Sí. Usó usted un buen truco, lanzando aquel globo metálico, de aspecto semejante a su nave, una fracción de segundo antes del salto al hiperespacio. Así pudo llegar a Ophyr…, pero cometió un error. Nadie sino el capitán Squibbs podría regalar un tren eléctrico al príncipe heredero.

—Es un chiquillo encantador —dijoPenrod.

—Su hijo.

Natalia lanzó una exclamación de asombro.

—Pero, Penrod, qué callado telotenías…

—Tranquila, Tyron no es hijo mío. Consejero, voy a decirle algo que le asombrará. Me crea o no, el futuro GranKhan no es mi hijo.

—¿Cómo lo sabe? —aullóSchneutzinger.

—Análisis de sangre.

Hubo un instante de silencio. Luego, el Primer Consejero movió una mano.

—Esposible que diga la verdad,pero no importa;ya lo averiguaré.Mientrastanto,considérensearrestados los dos. Se imaginan la acusación, ¿no es cierto?

—Sí —dijo Penrod. De un tirón, se arrancó la máscara y, acto seguido, con la mano izquierda, tocó la cicatriz—. ¿Lo recuerda?

—Nunca lo olvidaré —sonrió Schneutzinger.

—Yo tampoco, puede estar seguro. Oiga, quiero pedirle un favor.

—Si está en mi mano...

—¿Qué es lo que no está en su mano actualmente? Necesito algo de ropa y tabaco. ¿Puedo entrar en el yate? Por supuesto, bien acompañado, para que vea que no intento gastarle una mala pasada.

—Por supuesto; nos gusta ser corteses con los prisioneros, aunque sean acusados de espías.

—Gracias, Consejero.

Dos guardias se adelantaron a una señal de Schneutzinger. Penrod entró en la nave y volvió a salir minutos más tarde, con un largo habano humeante en la boca.

—A su disposición, Egon —dijo.

Schneutzinger sonrió y a Penrod le pareció era la sonrisa de una serpiente. Acercándose al prisionero, Schneutzinger dijo en voz baja:

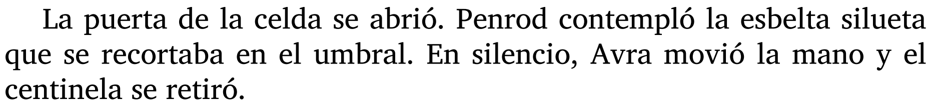
—Esta vez, el gobierno de la Tierra está derrotado. ¿Lo ha entendido, capitán Squibbs?

Penrod le miró sin pestañear.

—Aún ha de celebrarse el juicio. Si quiere la derrota de mi gobierno, no podrá juzgarnos a puerta cerrada.

—Descuide, el proceso tendrá la máxima publicidad posible —fue la sardónica respuesta del Primer Consejero.

CAPITULOXI



La puerta de la celda se abrió. Penrod contempló la esbelta silueta que se recortaba en el umbral. En silencio, Avra movió la mano y el centinela se retiró.

—Estás en mala situación —dijo ella.

—Lo sé.

—Mañana se inicia el juicio. Será público.

—No he admitido todavía ningún cargo, salvo los de pase ilegal de frontera, desembarco sin pasaporte...

—Penrod, no nos engañemos. Todos sabemos qué es lo que haces en Ophyr. Eres hombre de recursos, pero no podrás salvarte.

—¿Lo crees así? —sonrió el preso.

—Desearía poder hacer algo en tu favor..., pero ni siquiera tengo la gracia del indulto, para evitar que cumplas la sentencia, después dejuzgado.

Penrod meneó la cabeza.

—Es mejor que no intervengas en mi favor. Muéstrate neutral, como debe ser la Begum regente. Ya te has comprometido demasiado con esta visita.

—Los centinelas serán discretos.

—Egon tiene ojos y oídos por todas partes.

—En todo caso, no divulgará la noticia. Le conviene tan poco como a mí.

—Si tú lo dices...

Hubo un instante de silencio, mientras los ojos de Avra escrutaban penetrantemente el torturado rostro del prisionero, de cuyos labios no seborrabala sonrisa.

—Penrod, maldito seas, juraría que tienes todavía una carta en reserva —dijo ella al cabo.

—Es posible.

—¿No puedes decirme de qué se trata?

—Lo siento.

—Es decir, no te fías de mí.

—Del que no me fío es de Egon. Recuerda, asesinó a tu esposo. Podría hacer lo mismo contigo.

—No hay pruebas...

—¿Tú crees?

Avra se irguió. —Por el amor de Dios, ¿qué es lo que sabes? —exclamó.

—Harás que instalen una línea de televisión con tus habitaciones, ¿no es cierto?

—Sí.

—Entonces, ten un poco de paciencia y aguarda a mañana.

—Tengo los nervios de punta...

—Tómate una infusión de tila. Pero asegúrate que sea terrestre; la ophyriana mata.

Ella abrió la boca estupefacta. Sin dejar de sonreír, Penrod se acercó a la puerta y tocó con los nudillos.

—Gracias por la visita, Alteza —dijo respetuosamente, después de que el centinela hubo abierto la celda.

* * *

Siete jueces componían el tribunal, severamente ataviados con togas de color azul oscuro y orlas doradas. Las orlas de la toga del fiscal eran rojas.

Faltaba el defensor, cuya toga debía tener las orlas de color verde

claro. Penrod había solicitado, y le había sido concedido, el derecho de defenderse a sí mismo, llamando incluso a los testigos que estimase necesarios parasu defensa.

Los prolegómenos resultaron largos y aburridos. Se suspendió la sesión para almorzar y se continuó por latarde, con la exposición de los cargos de la acusación. Cuando terminó el fiscal, el presidente declaró que la sesión se interrumpía hasta el día siguiente.

Natalia se sentía terriblemente aprensiva. No había forma de refutar aquellos cargos. Se imaginaba fácilmente la sentencia. No la arrojarían a una caldera de aceite hirviendo, como era fama que Schneutzinger había hecho con más de un enemigo, pero la situarían ante un pelotón de ejecución.

Penrod intentó tranquilizarla, sin conseguirlo. Al día siguiente, cuando se reanudó el juicio, tenía los ojos rodeados por unos grandes círculos violáceos.

El presidente golpeó la mesa con su mallete.

—La defensa tiene la palabra —dijo, tras declarar abierta la sesión.

Penrod se puso en pie.

—Señoría, llamo a declarar al coronel comandante del Fuerte Saturno, Keilin Kalydoro —dijo.

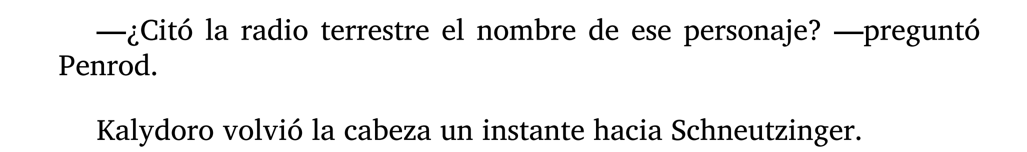
—Presente —contestó el aludido.

Schneutzinger asistía al juicio y se removió inquieto en su asiento. El consejero de Defensa no le había informado de la presencia de Kalydoro en la capital. ¿Acaso estaba en contra suya?

Kalydoro avanzó hacia el estrado de testigos. Penrod se le acercó.

—Coronel, dígame, ¿ha captado por su emisora-receptora de onda subespacial alguna noticia de la Tierra, sobre algún suceso producido en los últimos días?

—Sí, señor. He oído, y no he sido el único, que el segundo jefe de Inteligencia terrestre, Alberto Morani, ha sido arrestado, acusado de traición y connivencia con el gobierno de Ophyr. En el domicilio de dicho individuo han sido encontradas pruebas de que se entendía con un alto personaje de nuestro gobierno.


—¿Citó la radio terrestre el nombre de ese personaje? —preguntó Penrod.

Kalydoro volvió la cabeza un instante hacia Schneutzinger.

—Sí, señor.

—Diga ese nombre, coronel.

—Egon Schneutzinger.

El fiscal se puso en pie instantáneamente.

—¡Protesto! —aulló—. Es una burda maniobra de la Tierra, para desacreditar a nuestro Primer Consejero, hombre de intachable conducta y probada integridad…

—Perdón —dijo Penrod—. Ruego al señor fiscal permita seguir hablando al testigo. Prosiga, coronel.

—La radio terrestre anunció que Morani había recibido sumas considerables, procedentes de Ophyr.

—Es suficiente, coronel.

Kalydoro abandonó el estrado de los testigos.

—Llamo a declarar al doctor Fordan, eminente analista —dijo Penrod acto seguido.

Fordan compareció a los pocos instantes. Prestó juramento y luego se encaró con su interrogador.

—Doctor Fordan, es usted un analista de gran reputación y probada honestidad —dijo Penrod—. Díganos, ¿ha analizado las vísceras del cadáver del difunto Gran Khan?

Hubo una explosión de sorpresa en la sala. El fiscal protestó de nuevo. Allí se juzgaba a dos espías terrestres, no a otra persona. Penrod alegó que las declaraciones del doctor Fordan formaban parte de su defensa y que, si no las admitían, en la Tierra se divulgaría la noticia de la parcialidad de los jueces khaneses. El presidente, finalmente, ordenó a Fordan que contestase a la pregunta formulada.

—Sí, Señoría, analicé los restos del difunto Gran Khan. A pesar de los años transcurridos, he podido encontrar rastros de nithwa, la tila nativa. Es una hierba de efectos muy lentos, pero irreversibles a partir

de cierta fecha. Singularmente parecida a la tila terrestre y calmante como ella en un principio, crea hábito, sin embargo, y en unos meses, produce la muerte sin que se conozcan las causas, a menos que se sepa que el difunto tomaba dicha infusión habitualmente.

—Eso no demuestra que fuese el Primer Consejero quien le administró esa hierba tóxica —dijo el fiscal.

—Yo no he acusado al Primer Consejero —respondió Fordan—. Simplemente, me he limitado a señalar un hecho. Es más, debo añadir que el anterior Primer Consejero falleció por los misinos motivos que el Gran Khan.

—Si Sus Señorías lo desean, llamaré a declarar a Ubyn Darto, primer cocinero de palacio. Darto atestiguará que preparaba la tila a petición del entonces secretario Egon Schneutzinger —dijo Penrod—. Hasta entonces no se conocían las propiedades tóxicas de esa hierba... es decir, lo conocían unos pocos iniciados. El difunto Gran Khan tenía problemas sentimentales en los últimos tiempos y los médicos le aconsejaron calmantes naturales. La tila terrestre era uno de esos calmantes, peroalguien enviabanithwa a lascocinasde palacio.

Todos los rostros se volvieron instintivamente hacia Schneutzinger, cuyas facciones aparecían tensas, limpias de color.

—¿Llamo a declarar a Ubyn, Señoría? —preguntó Penrod.

El presidente carraspeó.

—Creo que no será necesario, por el momento. Este tribunal se retira a deliberar durante quince minutos En ese tiempo, nadie deberá abandonar la sala —dijo.

Hubo murmullos y comentarios a media voz. Penrod se dio cuenta de que una de las cámaras tenía el objetivo encarado en su dirección y guiñó el ojo alegremente. Avra de York captó el gesto sin dificultad.

Transcurrió un cuarto de hora. Los jueces comparecieron de nuevo, aunque no llegaron a sentarse. El presidente dijo:

—Este tribunal ha llegado a la conclusión de que las pruebas presentadas contra el acusado carecen de consistencia. Si el fiscal decide mantener la acusación, deberá buscar pruebas irrefutables. Los acusados quedan en libertad, aunque no podrán abandonar el planeta, hasta tanto se dé por definitivamente concluido el proceso. La sesión ha terminado.

Los murmullos sonaron más fuertes. Schneutzinger

se envolvió en su toga de Primer Consejero y abandonó la sala bufando. Natalia tomó la mano del joven. Había lágrimas en sus ojos.

—Penrod, no sé qué decirte…

—No me digas nada —contestó él cortantemente—. Ya hablaremos más tarde.

Y, sin prestar atención a sus súplicas, abandonó la sala a todo correr.

CAPITULOXII

Egon Schneutzinger había trocado su lujosa indumentaria por otra mucho más modesta. Ahora, en lugar de las prendas adecuadas a un Primer Consejero, vestía uniforme de soldado raso, sin insignias. Estaba muy ocupado, arrojando ciertos objetos a un maletín que tenía sobre una mesa. De repente, oyó una voz irónica a sus espaldas:

—Asegurando el porvenir, ¿eh?

Schneutzinger se revolvió como -un tigre. Un insano brillo de odio apareció de inmediato en sus ojos.

—Bastardo... —dijo entre dientes.

—Los insultos no me afectan —contestó Penrod jovialmente—. ¿Qué le pasa, Egon? ¿No se atreve siquiera a presentar su dimisión en un acto formalmente protocolario? ¿Teme que lo acusen de losasesinatos del Gran Khan y de su antecesor en el cargo?

—Hijo de perra... ¿cómo llegó a averiguarlo?

Penrod sacó un cigarro y se lo puso entre los dientes.

—Nunca creí que el Gran Khan muriese de muerte natural. Hace algún tiempo, me hablaron de las maléficas propiedades de la nithwa, nombre nativo de una planta idéntica en todo a la tila terrestre, salvo por una diferencia molecular, que la convierte en altamente tóxica, aunque sus efectos son a largo plazo y no se advierten, si no se está enterado de que el paciente ingiere esa hierba en infusión. Si tenemos en cuenta que los cuerpos del anterior Primer Consejero y del Gran

Khan fueron embalsamados mediante el nuevo procedimiento que permite conservar los cuerpos humanos sin quitarles las vísceras, tendremos en cuenta que el análisis patológico resultó fácil, sin complicaciones.

—Alguien tuvo que permitir la inhumación...

—La Begum, por supuesto, en su calidad de viuda del Gran Khan. Y el médico que hizo el examen es el doctor Fordan. No hay mucha gente enterada de que la tila nativa es venenosa. Y puesto que yo conocía los síntomas de la dolencia que provoca su ingestión prolongada, se me ocurrió conversar con el doctor Fordan sobre el particular. También con la Begum, claro.

Penrod lanzó una mirada al maletín, aún abierto, en el que centelleaban las joyas y los billetes aurificados.

—¿Adónde piensa marcharse, Egon? —preguntó con falsa displicencia—. ¿Jaroslav 14? ¿Wollyx Siete? En ninguno de esos dos mundos hacen preguntas a las personas y menos si llegan bien provistas de fondos. Pero en Jaroslav correría el peligro de que se reclamase su extradición, cosa que no sucedería en Wollyx, que no tienen ningún tratado de ese género. Allí podrá vivir tranquilo y sin temor el resto de sus días, lamentando, ciertamente, el fracaso de sus planes. El pobre Morani lo "pagará 'con unos años de cárcel... y, ahora sí, se establecerá un tratado entre la Tierra y Óphyr, para que las naves terrestres puedan atravesar esta frontera hastahoy infranqueable.

Schneutzingerrespirabacondificultad.

—¿Cómo diablos lo supo? —gruñó.

—Hacía ya mucho tiempo que se recelaba de un miembro traidor de nuestro Servicio de Inteligencia. En realidad, el envío de Natalia Kowalski fue cosa de Morani, precisamente para aumentar las dificultades entre los dos sistemas. Ustedes dos estaban de acuerdo, lógicamente. Morani andaba tras los planos de los nuevos generadores..., cosa que le hubiera permitido a usted construir las nuevas naves que vuelan a diez millones S. L. Usted hubiera dominado entonces algo más queun sistema estelar y una línea defensiva, hubiera dominado prácticamente una gran parte del Universo... y su poder político se habría afianzado de manera absoluta. Ahora, ni siquiera se atreve a presentarse ante la Begum para el acto formal de la dimisión.

—No tengo por qué verla de nuevo...

—Ella le rechaza, lo rechazó siempre. Tuvo que soportarle de Primer Consejero, porque acataba las leyes. Usted, a cambio, creó en la Tierra la falsa imagen de una mujer obstinada y supersticiosa. Ella quiere el progreso, hombre, cosa que, a fin de cuentas, es beneficio para los khaneses.

—Y supo que Morani...

Penrod sacó un papelito del bolsillo de su cazadora.

—Cuando entré a buscar ropa en la nave, encontré esto —dijo—. También aquí hay agentes terrestres. No hacen gran cosa, sino acopiar

información... y uno de ellos entró en el astroyate y puso esta nota en los bolsillos de la cazadora. Simplemente dice: «Confirmado, es Morani.» Luego el coronel Kalydoro llegó con noticias de la Tierra...

—Abandonando su puesto en Fuerte Saturno.

—Con permiso de la Begum que, no lo olvide y constitucionalmente hablando, es comandante en jefe de las Fuerzas Armadas. A la Begum no le había gustado mucho el nuevo destino del coronel Kalydoro, pero no formuló objeciones. Por el momento.

Los dos hombres se contemplaron en silencio durante algunos segundos. Schneutzinger se sabía derrotado. Su enemigo había sido más listo que él.

—Ha estado cultivando la venganza durante casi ocho años —dijo lentamente.

Penrod se tocó la cicatriz.

—¿Se refiere a esto? Oh, ni me acuerdo... Quizá, en aquellos momentos, la razón estaba de su parte. Lo que he cultivado durante estos años ha sido la imagen del buhonero del espacio, el hombre alegre, jovial, amigo de todos, hombres y mujeres, pródigo con los licores y los cigarros... —Sacudió con el meñique la ceniza del

que había encendido—. Eso es algo que hace maravillas, Egon, se lo aseguro. Pero, además, le diré otra cosa. Me he aficionado a esta vida, quiero seguir en el oficio.,. v me fastidia sobremanera que alguien me ponga una barrera sólo porque se le antoje. El Universo, amiguito, no tiene, no debe tener fronteras —concluyó.

La mano de Schneutzinger se deslizó al otro lado de la maleta.

—Creo, Penrod, que yo le voy a hacer traspasar una frontera muy distinta: ¡La que separa la vida de la muerte! —tronó.

Cuando su mano se alzaba, provista de una pistola energética, se oyó un agudo chasquido. Otra pistola emitió un delgadísimo rayo de luz blancoazulada, que penetró por la sien derecha de Schneutzinger, para salir por el lado opuesto del cráneo. Penrod, asombrado, se volvió hacia la puerta.

Kalydoro le miró, sonriendo.

—He llegado a tiempo —dijo.

—Sí.

—Me figuré adónde habías ido. He estado escuchando buena parte de la conversación.

—Gracias, coronel.

Kalydoro avanzó unos pasos y cambió su pistola por la del muerto.

—Diremos que se suicidó cuando me presenté a comunicarle su arresto, acusado de alta traición.

—Perfectamente. ¿Has estado con Avra?

—No. ¿Por qué?

—Ve a verla. Y ve a ver también a tu hijo, diablos.

Kalydoro sonrió de mala gana.

—Estás enterado de todo, ¿eh?

—Hace ocho años el palacio era un hervidero de murmullos. Nadie daba un paso sin que se supiera de inmediato.

La mano de Kalydoro se tendió hacia la del terrestre.

—Gracias, Penrod.

—Saluda a Avra en mi nombre. Luego le enviaré un frasco de perfume.

—Se lo diré. Suerte y buen viaje.

—Felicidades.

Penrod dio la vuelta con la lengua y los dientes al cigarro. Miró un instante el cadáver del traidor y luego se encogió de hombros. Con paso mesurado, se encaminó hacia la salida.

Más tarde, se entrevistó con Natalia en un hotel.

—Esto se ha acabado, preciosa —dijo.

—Me has salvado de una buena, Penrod. Nunca lo olvidaré…

—Bah, con el tiempo, todo se pasa. Pero, en lo sucesivo, cuando vayas a preparar tu tesis doctoral, procura que sea para una

Universidad y no para el gobierno.

Natalia se puso colorada.

—Me ofrecieron una buena ocasión —declaró.

—Sí, desde luego; si no hubieras sido tú, otro hubiera desempeñado tu papel. Morani necesitaba a una persona inteligente, pero con poca experiencia. Te tocó a ti, como le habría tocado a otro cualquiera. El caso era envenenar aún más el ambiente.

—Ya comprendo. Pero Morani tenía que saber que tú también pertenecías a la organización...

—Oh, claro que sí. Lo que sucede es que mis informes jamás pasaron por sus manos, ni tampoco supo nunca el punto exacto en que me hallaba, sino cuando ya había transcurrido algún tiempo. La verdad, acepté el cargo, pero bajo la condición de moverme con plena libertad. Aunque, como es lógico, conocía lossitios donde podía encontrar algunos «contactos» de confianza.

—El Departamento se habrá gastado enormes sumas con los cargamentos de la *Joven Martha* —apuntó ella.

—No. La nave es mía y yo corro con todos los riesgos. Y me embolso los beneficios. Pero ello me permite meter la nariz aquí y allá...

—¿Te despedirás de la Begum? —preguntó ella de repente.

—No. Cuando... pasó lo que pasó, ella estaba muy deprimida. Fue una llamarada fugaz, de poca duración. Me habría ido muy pronto de Ophyr, aun no habiéndomepeleado con Schneutzinger. Kalydoro es otra clase de hombre, la que ella necesita.

—Y, sin embargo, han estado separados...

—Había que cuidar las apariencias. Ella no se atrevía a renunciar. Su hijo, un día, podía habérselo reprochado... pero ahora ya no hay obstáculos entre ambos y Kalydoro se convertirá en regente consorte. Oficialmente, el niño es hijo del anterior Gran Khan.

—Vaya fulana; acostándose con los hombres, mientras su marido estaba enfermo.

—Su esposo hacía años que no la tocaba, Natalia.

—Oh... —Ella bajó los ojos—. Bien, supongo que vuelves a la Tierra —añadió, tras una corta pausa.

—Sí, debo reponer el cargamento, aunque me detendré antes en Jaroslav 14 para descargar los tanques suplementarios de combustible. —Penrod consultó su reloj—. Y me voy —añadió—, porque Lucas se pondrá hecho una fiera cuando me vea, por dejarle solo tantos días. Bueno —exclamó riendo—, a fin de cuentas, Lucas es una fiera... Adiós, Natalia.

Ella quiso retenerle, pero Penrod había desaparecido de su vista casi como por ensalmo. De pronto, sin saber por qué, se encontró llorando.

Horas más tarde, Penrod desembarcaba en la *Joven Martha.* Lucas le recibió alegremente.

—¿Todo resuelto, jefe? —preguntó el tigre.

—Todo resuelto, menos una cosa. Pero eso lo solucionaremos en Bengala.

Los ojos de Lucas brillaron de una forma especial.

—¡Vamos a por ella, Penrod! —exclamó.

* * *

La gente se volvía para contemplar al hombre y al tigre, que caminaban plácidamente por la acera. El paso de la extraña pareja, no despertaba, sin embargo, demasiada atención. Cosas más estrambóticas se veían adiario.

De repente, Lucas se detuvo, con la vista fija en el rótulo que había sobre una puerta.

—Penrod, hermano humano, dime, ¿es cierto lo que ven mis felinos ojos o padezco alucinaciones?

Penrod lanzó un juramento.

—¡«Doctor F. Svorosisk»! —leyó—. Pero si estaba muerto...

—Vamos a ver. Alguien nos engañó… o escuchamos una noticia falsa.

Penrod empujó la puerta. Una enfermera se sobresaltó al verles.

—¿Dónde está? —preguntó el humano.

—Adentro, tomando unas notas… Ha dicho que no se le moleste…

—Nosotros sí podemos ver al doctor, ¿verdad, Lucas?

—Sí —dijo el tigre.

Svorosisk se puso en pie al ver a la pareja.

—Por todos los diablos, si es Lucas… Lucas, hijo, ¿de dónde sales?

—Es largo de contar, doctor —respondió el felino—. Oiga, le presento a mi jefe, el capitán Squibbs. Penrod, éste es el «rajatripas» que me operó.

Penrod se echó a reír.

—Lucas ha adquirido hábitos humanos, doctor —dijo.

—Sí, ya veo.

—Pero, puesto que estamos aquí, dígame, doctor, ¿no hay posibilidades de encontrar una pareja de su especie para Lucas?

Svorosisk sonrió. Abrió una puerta y llamó:

—Linda, ¿quieres venir?

Una enorme tigresaapareció a los pocossegundos.

—¿Doctor? Pero… ¿qué veo? Un macho de mi especie…

—SellamaLucas. Ytambién habla.

—Hola, preciosa —dijo Lucas.

—Linda, ¿por qué no le enseñas mi jardín? —sugirió Svorosisk.

—Con mucho gusto, doctor. ¿Vienes, Lucas? El tigre echó a andar.

—Detrás deti, alinfierno, nena —dijo.

Penrod y Svorosisk se contemplaron mutuamente unos segundos. Luego el primero dijo:

—Doctor, la noticia de su muerte...

—Se refería a mi padre, que tenía el mismo nombre, Fedor.

—Oh, ya veo...

—Oiga, capitán, esa cicatriz...

—Una pelea tabernaria, doctor.

—A ver, deje que la mire.

Svorosisk se acercó al joven.

—Podría operarle. Le dejaría la cara como nueva.

—Me aterra el quirófano, doctor —confesó Penrod.

—Hombre, con la anestesia que yo uso, ni se enteraría. Al despertar, y con la ayuda de los regeneradores rápidos, estaría ya como nuevo. Yo uso un anestésico que jamás falla.

Svorosisk era tan alto o más que Penrod y de recia complexión. El capitán Squibbs vaciló.

—¿Qué...anestésico es, doctor?

—Este —respondió Svorosisk, a la vez que disparaba con todas sus fuerzas el puño derecho.

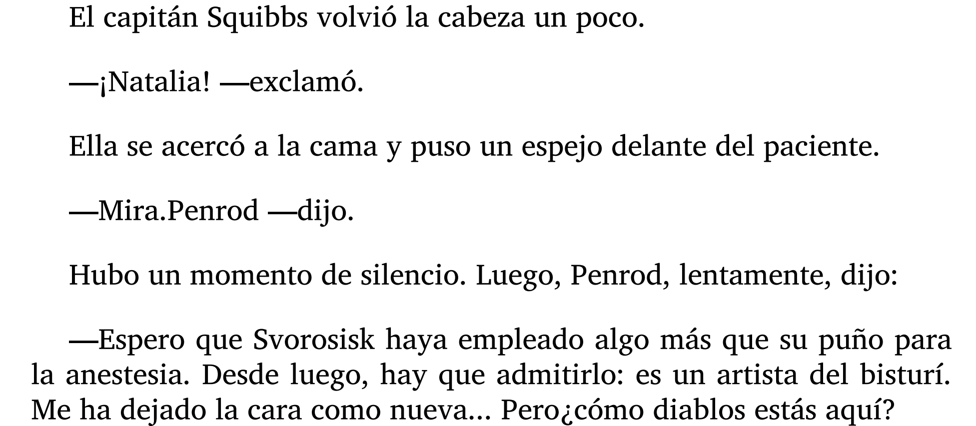
* * *

Cuando despertó, lo primero que hizo Penrod fue llevarse la mano al mentón.

—¡Qué tío! —dijo—.Pega como unamula...

De repente, oyó una voz harto conocida:

—Hola, Penrod.



El capitán Squibbs volvió la cabeza un poco.

—¡Natalia! —exclamó.

Ella se acercó a la cama y puso un espejo delante del paciente.

—Mira.Penrod —dijo.

Hubo un momento de silencio. Luego, Penrod, lentamente, dijo:

—Espero que Svorosisk haya empleado algo más que su puño para la anestesia. Desde luego, hay que admitirlo: es un artista del bisturí. Me ha dejado la cara como nueva... Pero¿cómo diablos estás aquí?

—Supuse que vendrías a verle, para buscar una pareja a Lucas —contestó la joven.

—Ya.

—Al volver a la Tierra, indagué y me enteré de que Svorosisk no había muerto. El resto fue sencillo.

Penrod se sentó en la cama. Todavía estaba débil, pero podía moverse sin dificultad.

—¿Y...?

—Lucas y Linda se quedan una temporada en la Tierra. Lógico, ¿no?

—Me parece muy bien.

—Y tú necesitarás un acompañante para tus viajes comerciales.

—¿Ya no quieres ser doctora en geología?

—¡Odio la geología! —rió Natalia, a la vez que se echaba en brazos del capitán Penrod Squibbs, buhonero del espacio.

Mientras la abrazaba tiernamente, Penrod pensó que ahora sí se podía hablar de un universo sin fronteras, un espacio por donde todos los hombres podrían moverse libremente, abatidas las barreras que, hasta entonces, habían impedido el progreso. Y él y la futura señora Squibbs volarían constantemente por aquel universo sin fronteras.

FIN